

97-8 /
EN

LOS ESTADOS UNIDOS

APUNTES

ESCRITOS EN 1895 PARA UN PERIÓDICO OBRERO

POR EL

Dr. JUAN B. JUSTO



BUENOS AIRES

85055— Imprenta, Litog. y Encuadernación de Jacobo Peuser
SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1898

EN

LOS ESTADOS UNIDOS

APUNTES

ESCRITOS EN 1895 PARA UN PERIÓDICO OBRERO

POR EL

Dr. JUAN B. JUSTO



BUENOS AIRES

85055 — Imprenta, Litog. y Encuadernación de Jacobo Peuser
SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1898

EN LOS ESTADOS UNIDOS

I

Interés que este país despierta—Instituciones nuevas hace un siglo—Rápido desarrollo económico—Crisis actual—Experimentos sociales utópicos—En los Estados Unidos el buen experimento lo constituyen el país y el pueblo por entero—Condiciones materiales de prosperidad—La sociedad humana que más se acerca al tipo industrial—Es donde mejor se puede estudiar hoy la evolución del capitalismo.

Hace un siglo que los Estados Unidos atraen la atención del mundo. La organización política nueva que, al emanciparse de la tutela inglesa, se dieron los estados americanos del Noreste, ofreció un gran interés en una época en que los teóricos y los revolucionarios de la política, no habiendo salido aún del período metafísico, eran muy dados á estudiar constituciones. Los estados del Sud, conservando la esclavitud, fueron una mala copia de las repúblicas antiguas.

Pronto el carácter prominente del país empezó á ser su rápido desarrollo económico, atribuído principalmente entonces á la bondad excepcional de sus leyes. Pero ese desarrollo ha coincidido con el enorme crecimiento de la industria y del comercio universales, bajo la influencia del vapor y de las máquinas. Estos, pues, han sido en realidad los principales factores del rápido aumento de la riqueza en los Estados Unidos, favorecidos en su acción por las condiciones especiales de este gran país, entre las cuales hay que contar, por supuesto, leyes muy bien adaptadas á su objeto.

Llegamos ahora á una nueva época. Las máquinas han tenido tiempo de desarrollar toda su acción, en medio del progreso científico incesante y de las instituciones políticas y sociales de hace un siglo. Se han producido anomalías y conflictos en el cuerpo social. Los que aman en la libertad y en la democracia algo más que el nombre, se preguntan qué queda de ellas hoy, bajo el imperio de instituciones en otro tiempo republicanas y libres. Y á este respecto el pueblo norteamericano reclama de nuevo la atención del mundo. Su vida tiene el valor de un experimento.

Repetidas veces hombres emprendedores y utopistas han querido resolver en los Estados Unidos el problema del destino de la humanidad con ensayos de colectividades comunistas. Aparte de que siempre han fracasado, esos experimentos son, por lo menos, supérfluos: las sociedades humanas han pasado por los más grandes cambios sin que nada demostrara previamente su posibilidad. En los Estados Unidos el buen experimento lo constituyen el país y el pueblo por entero.

En un territorio algo más grande que la Europa, (incluyendo Rusia y sin contar la Península Escandinava), los Estados Unidos tienen hoy una población apenas igual á la de Francia é Italia reunidas. Aunque, por su grande extensión, ese territorio comprende climas muy diferentes, está todo situado en la zona más habitable para el hombre, y es casi todo de una gran fertilidad. En el Sud prospera el algodónero, el tabaco y la caña de azúcar. En el Norte, el trigo, el centeno, la avena y la cebada; en los estados del Centro, el maíz y el trigo; en California, las viñas; en todas partes, las plantas frutales y las legumbres del clima. Inmensas praderías alimentan ganado de todas clases. Las costas son de las más ricas en pescado y en marisco. Hay en el país excelente madera y piedras de construcción, en cantidad prácticamente ilimitada. Las minas de hierro son de las más ricas del mundo. En casi todo el valle del Ohio, en el

Oeste del estado de Pensilvania, en Illinois, en algunos estados del Sud, debajo de un suelo de una gran riqueza agrícola, se encuentran gruesas capas de carbón. En una extensa zona el combustible mineral se presenta en la forma aún más ventajosa de petróleo. En otras partes basta perforar el suelo con un tubo, para obtener una corriente de gas natural. Casi todo el país está abundantemente irrigado por ríos, que sirven como vías de comunicación ó como fuentes de fuerza motriz, y un hermoso sistema de lagos facilita el transporte de los productos de la zona más productiva del país.

En este territorio tan excepcionalmente dotado viven como 61 millones de personas de raza blanca. Siete millones de negros, concentrados en los estados del Sud, y 250,000 indios sometidos forman el resto de la población. La población blanca proviene casi toda de las naciones europeas que hoy más sobresalen por su energía y su aptitud de organización. Se ha desarrollado libre de toda traba feudal como las que aún pesan sobre algunos de los pueblos de Europa; libre de todo militarismo, porque no tiene vecinos temibles, ni colonias que defender; libre de las convulsiones de los países sud-americanos, donde la clase gobernante, de una incapacidad económica completa, ha luchado, dividida en facciones, por el privilegio de oprimir una clase inferior ignorante y débil, ó donde, como en la República Argentina, una numerosa y activa población extranjera se mantiene fuera del organismo político del país.

Constituyen, pues, los Estados Unidos, entre las grandes naciones modernas, la sociedad que más se acerca al tipo industrial, y colocada en las condiciones materiales más favorables para su prosperidad.

Si esa prosperidad está ahora matizada con miseria, si el desorden y la anarquía han hecho su aparición en la sociedad americana, si se notan en ella signos de regresión hacia un tipo social inferior, si en ciertos otros sentidos presenta una falta de desarrollo, el origen de todo eso tiene que estar en que el sistema industrial

muy adelantado ya no está en armonía con las instituciones vigentes, ni con el nivel intelectual y moral de la población, y exige perentoriamente en ellos un adelanto proporcional. Es en Norte América donde el capitalismo se desarrolla hoy más grande y más libre. Es aquí, pues, donde conviene estudiar su evolución.

II

La aptitud industrial del pueblo estimulada por las condiciones especiales del país—Su organización y armamento industrial—Ciudades—Producción—Circulación de cosas y personas—Comunicaciones.

Enviada por los pueblos de Europa á la conquista industrial de un territorio inmenso, la población de los Estados Unidos ha estado á la altura de su misión, apoderándose de él en poco tiempo, y poniéndolo en ventajosas condiciones de explotación. Cuando empezó la ocupación en el siglo XVII, y aún á fines del siglo XVIII, cuando el país se hizo independiente, el uso de las máquinas era muy limitado, especialmente en la agricultura, la casi exclusiva industria local de aquellos tiempos. Fué, pues, muy natural que los colonos practicaran la apropiación individual de la tierra y de los demás medios de producción, el orden social más apropiado para un país y para un tiempo en que todo el que quería podía ser dueño de una parte del suelo.

En esas condiciones nadie quiere trabajar para otro por un salario, desde que puede hacerlo para su propio y exclusivo provecho. Los brazos son escasos, y, si se los consigue, muy caros y poco seguros. Al mismo tiempo la gran cantidad de tierra libre incita á cada agricultor á extender lo más posible su superficie de cultivo. Lo mismo sucede en las demás nacientes industrias.

Donde el trabajo humano es tan precioso, hay que emplearlo con economía é inteligencia, y actúa un poderoso estímulo á su buena organización, al aprovechamiento de todas las fuerzas naturales que puedan ser utilizadas, y á la invención y el empleo de las má-

quinas. Por eso es que si los Estados Unidos deben su rápido desarrollo á los adelantos de la técnica industrial, han contribuido también en primera línea á perfeccionar esta técnica. Norte América es el país de las invenciones y de las máquinas. En Washington el ministerio del Interior es más conocido como « Oficina de Patentes »; tres ó cuatro enormes tomos forman las registradas cada año.

En la última época, constituida ya la grande industria empeñada en producir más y más barato, la competencia ha sido en los Estados Unidos un nuevo factor del progreso del maquinismo. Hoy el pueblo norteamericano es el más bien organizado y armado para las tareas de la industria.

Sus ciudades se han formado y han crecido donde afluyen las corrientes del comercio, y donde existen facilidades especiales para la industria, sin depender para nada de la ubicación de las autoridades políticas. En la inmensa conglomeración urbana que, alrededor de la bahía de Nueva-Yórk, forman Nueva-York, Brooklyn y Jersey City, no reside siquiera una legislatura, ni un gobierno de estado. No lo hay tampoco en Chicago, el gran emporio del Oeste, ni en Filadelfia, la gran ciudad fabril y comercial sobre el río Delaware, ni en St. Louis, centro del comercio del Missisipi, ni en Nueva Orleans, el puerto del golfo de Méjico, ni en San Francisco, el puerto del Pacífico. Entre los grandes centros del comercio y de la industria, sólo Boston es al mismo tiempo capital política de un Estado.

El aspecto de las ciudades norteamericanas, todas cortadas por ferrocarriles y canales, las grandes fábricas, los inmensos almacenes, el humo que se respira, la actividad que se siente en todas partes, muestran ya que en este país el trabajo humano llega á un máximo de intensidad y de eficacia.

Pero á este respecto las cifras estadísticas enseñan más que todo lo que uno puede ver visitando las ciudades y recorriendo el campo.

Durante los cinco años que terminaron el 30 de Junio de 1894, la producción media anual de trigo ha sido de 167,981,337 hectólitros ; la de maíz de 564,595,002 hectólitros, y la de avena, también muy importante en la alimentación norteamericana, de 227,226,940 hectólitros. Nótese la proporción que dan estas cifras para una población calculable en 65 millones de habitantes.

Durante el último de esos cinco años se cosechó 35,520,587 hectólitros de centeno, cebada y trigo negro, 60,185,457 hectólitros de papas, 184,469 toneladas métricas de tabaco, y 49,782,062 de heno. La producción de azúcar fué de 277,070 toneladas métricas ; la de melazas de 1,018,495 hectólitros. El algodón producido fué en cantidad de 1,709,791 toneladas, y la lana en la de 135,198 toneladas de mil kilos.

El carbón extraído en las minas durante el año 1893, último de que se tienen datos completos, ascendió á 147,705,747 toneladas métricas, y el fierro en barras fué producido en la cantidad de 6,463,348 toneladas.

La fuerza motriz empleada en los Estados Unidos (vapor, electricidad, etc.) iguala á las de la Gran Bretaña, Irlanda y Francia juntas.

Se calcula en 7000 millones de pesos el valor de los artículos manufacturados durante un año.

En 1890 la fabricación de máquinas y útiles para la agricultura ocupaba 910 establecimientos industriales, con un capital constante medio de 35,000 pesos.

En los estados del Oeste, próximos á las Montañas Rocosas, donde la lluvia es escasa, los pozos artesianos se cuentan por miles.

En 1893 los Estados Unidos contaban con 286,000 kilómetros de ferrocarriles, más de lo preciso para dar siete vueltas de rieles alrededor de la Tierra. Un millón de vagones y treinta mil locomotoras formaban el tren rodante.

Considerando como unidad de transporte el de 1 tonelada de peso á la distancia de 1 milla, los ferrocarrí-

les norteamericanos en 1893 hicieron 90,552,087,290 de esas unidades.

Pero este no es todo el comercio interior. Una buena parte se hace por los ríos, por los lagos y por el canal del Erie, que pone en comunicación el lago de este nombre con el río Hudson, camino de Nueva York. El siguiente dato da una idea de la importancia de esta navegación interior: durante los siete meses del año en que está libre de hielo el canal del Sault Ste. Marie, entre el lago Superior y los otros lagos, pasa por allí tanto tonelaje como por el canal de Suez durante el año entero.

Agréguese á todo esto un comercio exterior de 1600 millones de pesos al año, más ó menos tan importante como el de Francia.

El movimiento de personas es tan activo en los Estados Unidos como el de cosas. Tomando como unidad de este movimiento el transporte de 1 pasajero por espacio de 1 milla, los ferrocarriles americanos hicieron en 1893 la suma de 15,246,711,952 unidades como esa. En otra forma, transportaron más de 15 millones de pasajeros á una distancia de más de 1600 kilómetros. Cuanto al movimiento de tranvías, cada uno de los diez millones de habitantes de las 27 principales ciudades norteamericanas hacía, hace algunos años, 172 viajes de tranvía al año. En ninguna ciudad europea ese número alcanzaba á 100.

La actividad de las comunicaciones está en relación con la actividad general. En los Estados Unidos circulan al año como 4000 millones de cartas y paquetes postales, y unos 70 millones de mensajes telegráficos. El número anual de conexiones telefónicas es de 600 millones.

III

Capacidad productiva individual—Solo es grande en las grandes organizaciones industriales—Crecimiento de la unidad industrial—Datos de los cinco últimos censos de los Estados Unidos—Situación de la pequeña agricultura—Proporción de chacras hipotecadas—Concentración del comercio por menor—Edificios.

De una manera general, la capacidad productiva de cada individuo está en proporción con la del país que habita. En los Estados Unidos la capacidad productiva de cada obrero es muy grande. Se calcula que basta el trabajo de diez hombres durante un año para proveer de pan á mil habitantes de Nueva York durante el mismo tiempo, incluyendo en el cálculo desde el gasto de combustible y de maquinaria, y las operaciones de arar la tierra y sembrar el trigo, hasta la de poner el pan en manos del consumidor, con todo el trabajo intermediario de transporte, molinería y panadería.

En la fabricación de tejidos de algodón, la producción de un operario durante un año, trabajando diez horas por día, es de más de 27,000 metros de tela. En las grandes zapaterías de Massachusetts 7 pares de botines es cada día la producción media por operario. En los mataderos del Oeste de 30 á 35 cerdos son muertos, pelados, divididos y empaquetados, por día y por operario.

Un tranvía eléctrico ó de tracción mecánica, como los que recorren las calles de las ciudades norteamericanas, conducido por un hombre, puede transportar á un tiempo 150 pasajeros.

Pero para llegar á estos resultados se necesita chacras con trescientos peones y cien segadoras, como las

de Dakota; molinos como los de Minneapolis, que dan más de 1000 barricas de harina por día; fábricas de calzado como las de Lynn y Haverhill, donde el oficio de zapatero está dividido en más de 60 suboficios diferentes; carnicerías como las de Chicago, que matan diariamente 7000 cerdos; fábricas de tejidos, como las de Rhode Island, en que cooperan miles de obreros. Solo en grandes organizaciones industriales, ayudadas por una poderosa maquinaria, y llevando la división del trabajo hasta un límite extremo, el trabajo humano alcanza ese grado de fuerza y de eficacia.

El proceso de integración que en todo el mundo capitalista está causando la desaparición de las pequeñas empresas y el desarrollo de algunas muy grandes, ha llegado muy lejos en los Estados Unidos, y sigue adelante con gran actividad.

En 1884 había en este país 25,079 molinos harineros. Dos años después solo había 18,267, pero la capacidad productiva de estos era mucho mayor. Lo mismo ha sucedido con las refinerías de azúcar, con las fábricas de tejidos de algodón, etc.

Los siguientes datos de los últimos censos son la mejor demostración del crecimiento de la unidad industrial en los Estados Unidos.

CENSO DE	1850	1860	1870	1880	1890
Número de establecimientos industriales...	123,025	140,433	252,148	253,852	355,415
Valor del producto anual (en pesos).....	1,019,106,616	1,885,861,876	4,232,325,442	5,365,579,191	9,372,437,283

Es decir, en los cuarenta años, el número de establecimientos no ha llegado á ser tres veces mayor, mientras que el valor total del producto es al fin más de nueve veces mayor que al principio. Y como durante ese tiempo el precio de todos los artículos manufactu-

rados bajó considerablemente, el aumento del producto mismo, y no de su valor, tiene que haber sido mucho mayor.

Las grandes chacras del Noroeste y el desarrollo agrícola del Canadá y de la República Argentina, han dado un golpe irreparable á las pequeñas chacras del Este y de los estados del Centro. Hoy se calcula que la menor extensión de tierra susceptible de ser empleada con ventaja en los grandes cultivos (maíz, trigo, avena, etc.) es la de 320 acres (128 hectáreas). Pero en 1890 la extensión media de las chacras norteamericanas era de 136 acres. Se comprende pues la estrecha situación de los *farmers*, tan prósperos en otro tiempo. En 1890, entre las chacras cultivadas por sus dueños, la proporción de hipotecadas era como sigue: en el estado de Maine, 22.09 %; en Massachusetts, 30.46 %; en Maryland, 30.01 %; en Nueva Jersey, 48.91 %; en Wisconsin, 42.85 %; en Iowa, 52.00 %. Según el informe de la Oficina de Estadística del Trabajo y de la Industria del Estado de Michigan, en 1888 había en ese Estado 90,803 chacras, de las cuales 43,079 estaban hipotecadas, según declaración de los propietarios. Pero el número real de chacras hipotecadas era seguramente mucho mayor, dice el informe, porque muchos chacareros habían tratado de ocultar su situación en lo relativo á deudas. El valor total de las chacras hipotecadas era de 79,713,041 pesos, y la deuda que pesaba sobre ellas de 37,456,372 pesos. Durante el año que terminó el 31 de Julio de 1887, hubo en ese Estado 1911 ventas de chacras por hipotecas vencidas, y sólo 164 redenciones. En los últimos años la situación de los pequeños productores agrícolas no ha hecho sino empeorar, y la concentración de la propiedad rural ha avanzado.

Lo que en la industria y en la agricultura, está sucediendo también en el comercio. En las ciudades norteamericanas el comercio por menor tiende á concentrarse en establecimientos gigantes, como los de la Sexta Avenida de Nueva York, y el de Wanamaker en

Filadelfia, donde el consumidor encuentra todo lo que necesita, á precios inferiores á los de las pequeñas tiendas.

En Chicago, la desaparición de las pequeñas casas de negocio está siendo tan rápida, que el pequeño comercio y algunos propietarios de bienes raíces han motivado una investigación oficial acerca de las grandes tiendas de departamentos, que están causando su ruina y el descenso del valor de la propiedad raíz en ciertos barrios.

Treinta y nueve fotógrafos, por ejemplo, se quejaban en su petición de no poder competir con el departamento de fotografía de la gran tienda de Siegel, Cooper y C^a.

La edificación, que en todas partes dice tanto respecto del estado económico y social del país, refleja, por supuesto, el gran movimiento de centralización que se está produciendo en los Estados Unidos.

El tipo del moderno edificio en el barrio comercial de las grandes ciudades cuesta alrededor de un millón de pesos tiene de 15 á 20 pisos, es conocido por su nombre propio (*Union Building, Massonic Building*, etc.) más que muchas calles, caben en él tantas personas como habitan en un pueblo, y sus ascensores conducen al día tantos pasajeros como algunas líneas de tranvía.

IV

La centralización industrial es el resultado de la competencia — La libre competencia en los Estados Unidos — Violenta y destructiva en los últimos tiempos — Competencia ferrocarrilera — Cómo, perjudicando á los pequeños, ha acelerado la centralización — Competencia en las otras ramas del comercio y de la industria.

Si la industria y el comercio se centralizan en grandes establecimientos, no es porque los pequeños capitalistas se hayan asociado para formarlos, ni porque los obreros, comprendiendo la ventaja de trabajar unidos y combinados en grandes talleres, hayan preferido estos últimos.

Todo lo contrario. La centralización es la consecuencia de la tremenda lucha á que los modernos medios de producción han dado lugar en el campo económico, lucha en que los vencidos han sido precisamente los artesanos y los pequeños capitalistas. En los Estados Unidos la competencia industrial y comercial ha sido libre de todo obstáculo político ó de otro orden, y se ha extendido á la más vasta esfera de acción. Exceptuando el ejército, el servicio de correos y la educación común, todo en este país ha sido dejado á la iniciativa y á la competencia particulares.

Mientras hubo para todo el mundo la posibilidad de trabajar con provecho, mientras las empresas industriales y comerciales fueron de proporciones moderadas, la competencia, aún bajo el régimen de la propiedad privada de los medios de producción, tiene que haber sido benéfica. Pero en la época de los ferrocarriles y de las grandes ciudades, á medida que ha avanzado la centralización, el individuo ha podido menos en su

lucha con las grandes empresas, la guerra entre éstas ha sido cada vez más destructiva y violenta, y la « libre competencia, » en otro tiempo elemento de libertad y de progreso, ha pasado á ser un agente de atraso y de opresión.

Donde primero se ha hecho sentir la necesidad de suprimir la propiedad privada y la competencia capitalista, ha sido en los ferrocarriles.

La razón más elemental hace ver que para transportar cosas y personas de un punto á otro, lo más barato tiene que ser construir un buen y único camino. La teoría de la libre competencia ha hecho creer, por el contrario, que lo más barato sería construir dos ó más líneas entre los mismos puntos. La experiencia ha dado un triunfo completo á la razón. Prescindiendo del desperdicio de materiales y de trabajo en la construcción de dos ó tres líneas, donde una sola bastaría, los hechos han probado que donde hay varias líneas, los fletes y los pasajes no son más baratos. He aquí como lo explica Cooley, miembro de la Comisión Federal de Ferrocarriles. El ferrocarril A y B da un 20 % de ganancia al año, imponiendo fletes y pasajes muy altos. Esto excita á otros capitalistas, que construyen otra nueva línea con tanto gasto como costó construir la primera. Ahora cada ferrocarril recibe la mitad de la carga y de los pasajeros. Da cada uno de ellos un 10 % de ganancia? De ninguna manera, porque los gastos de explotación de cada línea son más ó menos los mismos, que transporte toda la carga ó la mitad de ella. El resultado es que aún con los altos fletes y pasajes de la línea más antigua, las dos compañías solo reciben una ganancia ínfima ó ninguna. Lo que hacen entonces es coaligarse para elevar aún más los precios de transporte, y poder obtener las dos algún provecho. Otras veces las empresas no llegan á un arreglo, y se produce entre ellas una guerra de tarifas, lo que sucede generalmente entre las líneas que unen las grandes ciudades. ¿Quién paga los gastos de esa competencia ruinosa? Las pequeñas loca-

lidades intermediarias. De Minneapolis á Chicago, por ejemplo, hay varias líneas en competencia; la tarifa entre las dos ciudades es, por consiguiente, muy baja: pero cada línea carga la mano sobre las pequeñas estaciones del tránsito, para las que tiene el monopolio, y un chacarero que está á 100 kilómetros de Chicago, paga tanto por llevar su trigo á esa ciudad, como el que lo envía á 500 kilómetros, desde Minneapolis. No es menos absurdo que los pasajeros y la carga entre dos puntos sigan una vía dos ó tres veces más larga que la línea directa, porque es más barata; y eso sucede muchas veces. Algunas líneas han sido construídas especialmente para destruir á otras, ó para obligar á las antiguas compañías á comprarlas.

No han sido esas todas las malas consecuencias de la libre competencia ferrocarrilera en los Estados Unidos. La carga sufre trasbordos inútiles. Miles de empleados son muertos al año por la falta de uniformidad en los medios de unión de los vagones de las diferentes compañías. En su afán de atraerse el mejor tráfico, las empresas han hecho convenios especiales con los grandes cargadores, favoreciéndolos, por supuesto. Los convenios que las empresas han hecho entre sí han sido motivo de toda clase de fraudes por parte de ellas mismas. Ha nacido todo un gremio de agentes de boletos de tren, que ofrecen «boletos regulares á precios más bajos que los regulares», gremio que, como debería ser perfectamente inútil, no puede vivir sino á costa del público.

Es digno de ser notado cuanto ha contribuído á la concentración del capital la libre competencia ferrocarrilera, favoreciendo á las grandes ciudades en perjuicio de las pequeñas, á los grandes comerciantes en perjuicio de los pequeños productores del campo, á los grandes cargadores á costa de los menos importantes, y hasta á los grandes personajes, dándoles pases libres, pagados naturalmente por los pasajeros ordinarios.

En los otros ramos de la industria y del comercio, la

competencia ofrece el mismo cuadro de corrupción y de violencia. Como lo ha dicho recientemente el gran capitalista Cooper, de Chicago, al mismo tiempo que se negaba á declarar cuanto había gastado en avisos, y cuanto había ganado en el año: «Es casi axiomático que el éxito de cada hombre consiste en sobreponerse á los demás en el mismo negocio. El éxito no es más que la eliminación de los otros del campo de la lucha.» Y la eliminación va cada vez más ligero. El número de quiebras aumenta, lo mismo que el de firmas comerciales que desaparecen.

Para obtener el triunfo el gran arma es el capital, y accesoriamente todos los demás medios son buenos. Cientos de millones son gastados al año en una publicidad, cuyo objeto casi exclusivo es el de engañar al público. Un grandísimo número de hombres hábiles son substraídos al trabajo útil, y enviados como agentes de venta de las grandes casas, hormigüean por todas partes. La falsificación y la adulteración de los artículos es un arte que hasta ha llegado á ser popular. Grandes firmas que perseguirían con todo el rigor de la ley á quien osara utilizar alguna de las máquinas ó de los procedimientos patentados por ellas, despojan de sus inventos á otros menos poderosos, ó hacen uso, sin pagarlas, de las invenciones extranjeras. A veces la guerra entre las empresas toma formas más bárbaras. Cuando se constituyó el sindicato de las destilerías de whisky, varios establecimientos que no entraron en él se incendiaron. En uno de los principales, la destilería Shufeldt, fueron varias las tentativas de hacerlo volar. Está probado que el secretario del sindicato fué quien preparó y pagó la obra de los incendiarios.

V

Últimas formas de la competencia—Esta conduce al monopolio—
Formación de los *trusts*—Historia del *Standard Oil Trust*—
Otros monopolios.

Un carnicero de Tyrone, localidad del estado de Pensilvania, compraba sus reses en las chacras de los alrededores, cuando Armour y C^a., por medio de uno de sus agentes, le ofrecieron proveerlo, amenazándolo al mismo tiempo con arruinarlo, si no aceptaba. Así sucedió. La gran casa de Chicago se puso á vender carne á 4 centavos la libra, y el viejo carnicero de Tyrone tuvo que cerrar su negocio (Informe de la Oficina de Estadística Industrial del Estado de Pensilvania, 1889). ¿Cuántos otros habrán corrido la misma suerte?

Entre Nueva York y Filadelfia, dos grandes ciudades muy próximas, la comunicación telegráfica está en manos de la *Western Union Telegraph*, cuyas líneas se extienden por todos los Estados Unidos. Dos ó tres empresas que han querido establecer entre esas ciudades una nueva línea, han sufrido un fracaso inmediato, porque la antigua línea se ha puesto en seguida á hacer los telegramas casi de balde.

Cuando la competencia toma estas formas está ya cerca de su término. El desarrollo de algunas empresas ha sido tan grande, que no sólo dificultan la vida de las pequeñas, sino que las exterminan ó las sujetan por completo á su dominio. Al mismo tiempo, las grandes empresas, comprometidas en una guerra á muerte, pronto se dan cuenta de que mejor es llegar á un arreglo, para no hacerse daño y sacar del público el mayor

provecho posible. Cesa entonces la competencia, y empieza el monopolio más ó menos completo.

Durante los últimos 20 años esas combinaciones de empresas, conocidas bajo el nombre de *trusts*, se han extendido mucho en los Estados Unidos, donde, lo mismo que en Alemania, su formación y su prosperidad han sido favorecidas por las altas tarifas de aduana.

Un *trust* es una sociedad formada por varias empresas, es una compañía de compañías, y recibe ese nombre porque las diferentes empresas delegan la administración del conjunto de ellas en un reducido número de individuos llamados *trustees*.

La historia del *Standard Oil Trust*, que monopoliza el comercio del petróleo, es de las más instructivas respecto del desarrollo de uno de estos monopolios.

El petróleo empezó á ser un importante artículo de comercio en 1862. En Pensilvania, donde primero se descubrió su existencia, la creación de fuentes de petróleo, perforando el suelo, era ya entonces una industria considerable. El petróleo bruto era vendido á los refinadores, que tenían sus fábricas en Cleveland (Ohio), en Pittsburg, y en otras partes. En 1865, una refinería de Cleveland, perteneciente á unos cuantos socios, se organizó como corporación, con un capital de 100,000 \$, bajo el título de *The Standard Oil Company*. Hasta 1870 el progreso de la compañía fué relativamente lento. Empezó comprando acciones de otras corporaciones ya existentes, estableciendo agencias para la venta de sus productos en diferentes Estados, y haciendo reconocer estas como sociedades anónimas para la refinación de petróleo. Pronto hubo en varias ciudades una *Standard Oil Company*, que trabajaban todas de acuerdo. En 1872 los accionistas de las compañías *Standard* de Cleveland, Pittsburg y Filadelfia, organizaron otra corporación llamada *South Improvement Company* (Compañía de Fomento del Sud).

Esta corporación, que en realidad no era más que

las compañías *Standard* reunidas, aunque no lo era del punto de vista legal, pronto hizo con los principales ferrocarriles que cruzaban la región del petróleo el siguiente arreglo: la compañía se obligaba á hacer transportar todos sus productos por esos ferrocarriles, y estos se obligaban en cambio á transportar los productos de la compañía, con una fuerte rebaja y á pagarle el importe de una rebaja igual sobre el flete de todo el petróleo que transportaran, perteneciente á otras compañías. En cierta localidad, por ejemplo, los ferrocarriles, debían cobrar á los cargadores de petróleo un flete de 1.50 \$ por barril, y pagar á la Compañía de Fomento del Sud 1.06 \$ por barril transportado, fuera ella ó no la cargadora del petróleo; de manera que mientras los accionistas de las compañías *Standard* asociadas solo pagaban en realidad un flete de 44 centavos por barril, sus competidores pagaban 1.50 \$, y de estos, 1.06 \$ pasaban á la caja de los primeros. Con semejantes medios, pronto las compañías *Standard* dominaron á sus adversarios, y después de haber comprado, arrendado ó arruinado 74 refinerías sólo en Pensilvania, llegaron á tener el monopolio del ramo.

Muchos son los otros ramos de la producción que están ya en los Estados Unidos bajo un régimen de monopolio. La tendencia de las grandes empresas á consolidarse se hace efectiva en todo el campo de la industria. Hay un *trust* del azúcar, que en 1888 controlaba el 80 % de las refinerías, y el 65 % del azúcar consumido en los Estados Unidos. Hay un *trust* del whisky, otro del aceite de algodón, otro del aceite de lino, otro de los cueros, otro del lienzo de algodón, y otros muchos de menor importancia.

Las grandes fábricas de tejidos están muy vinculadas, lo mismo que las grandes usinas de hierro.

Las compañías mineras están organizándose en grandes combinaciones.

Casi todos los elevadores de granos pertenecen á un sindicato.

La provisión de agua y de gas de las principales ciudades está entregada á empresas particulares, muchas de ellas combinadas entre sí. En los ferrocarriles la consolidación está adelantando muy rápidamente.

El servicio telegráfico está casi absolutamente monopolizado por la *Western Union Telegraph*. De las 210.000 millas de líneas telegráficas existentes en 1894, 190.000 pertenecían á esta empresa.

El servicio telefónico es la propiedad exclusiva de la *American Bell Telephone Company*.

VI

Tiranía del monopolio—Su influencia en los precios—Estos se elevan lo más posible sobre el costo de producción—Ganancias del capital improductivo—Monopolio de los artículos de primera necesidad—Grandes ganancias de las empresas del monopolio—Capitales agudados.

También en los Estados Unidos los monopolios son tiránicos. Frente á las empresas de ferrocarriles, al sindicato de los elevadores de granos, y á las grandes carnicerías de Chicago y de Kansas City, poco pueden hacer en su defensa los chacareros y los pequeños criadores de ganado. El *trust* del azúcar llegó hasta imponer á los almaceneros el precio á que debían vender por menor ese artículo. Ni los inventores pueden substraerse al dominio de esas inmensas acumulaciones de capital; el que inventa ó perfecciona una máquina para una industria que ya está monopolizada por un *trust*, no puede vender su invento sino al *trust*, y al precio que este quiera pagarle. Eso cuando el *trust* no se apodera simplemente del invento, y confía á sus abogados el resto del asunto.

Y el precio de los artículos, ¿qué variaciones experimenta bajo la influencia del monopolio? Véase lo que ha pasado con el del petróleo.

Desde que el *Standard Oil Trust* ha estado sólidamente constituido, aprovechando el genio inventivo de los empleados que ha tenido á su servicio, ha podido hacer enormes economías en el transporte y el depósito del petróleo. Ha puesto en conexión á Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Buffalo, Pittsburg, Cleveland y Chicago por medio de cañerías para conducir ese líquido; además de una red de caños de alimentación

en las fuentes de producción, ha construído miles de grandes tanques para depósito; ha establecido una serie de agencias, con grandes depósitos anexos, á lo largo de la costa; y ha emprendido por su cuenta y en enorme escala, la fabricación de envases para sus productos. Además, desde que se constituyó, el *trust* paga por el petróleo bruto á los dueños de las fuentes un precio muy inferior al que recibían antes.

Hasta 1874, mientras duró la competencia, el precio del petróleo sufrió un rápido descenso. En 1875 se constituyó el monopolio y el precio experimentó en séguida un rápido ascenso. Después, coincidiendo con una enorme disminución del costo de producción, y también con la competencia de una compañía canadiense, el precio bajó con algunas alternativas hasta 1884, en que el *trust* norteamericano y la compañía canadiense hicieron una alianza. Desde entonces los precios se han mantenido más ó menos los mismos. En los últimos años el petróleo ruso ha limitado algo el monopolio del *Standard Oil Trust*; pero recientemente esta empresa ha hecho un arreglo con el sindicato ruso, por el cual se reparten el mundo entre los dos para el monopolio del ramo. A eso ha sido debida la gran suba del petróleo en Marzo y Abril del corriente año.

Lo mismo tiene que suceder con el precio de los otros artículos sujetos á un monopolio.

Donde reina la competencia, el precio de las cosas ó servicios tiende permanentemente á acercarse al costo de producción. Los precios de monopolio obedecen á una ley completamente distinta: tienden hacia el tipo en que la ganancia es la mayor posible respecto del costo de producción. Como este último factor del precio disminuye mucho en la producción en grande escala, conviene á veces á la empresa que monopoliza un artículo fijar para éste un precio moderado, á fin de facilitar su consumo y encontrar así la ocasión de ganar más. A esto se debe que el precio del petróleo y el del servicio telegráfico sean moderados en los Esta-

dos Unidos. Pero, nótese bien, esos precios sólo son moderados con relación al de los artículos y servicios que puedan reemplazarlos, el del petróleo, por ejemplo, con relación al de las velas, del gas y de la luz eléctrica; ó son moderados en comparación con los precios de otros tiempos, cuando el costo de producción era mucho mayor. Siempre son altísimos con relación al actual costo de producción. Todo esto lo explica muy bien Hobson, por medio de un diagrama, en su libro *The Evolution of Modern Capitalism*.

Otro hecho prueba la enorme diferencia que hay entre el costo de producción y el precio de ciertos artículos monopolizados. Cuando las empresas de un ramo de la industria se combinan y forman un *trust*, lo primero que hacen es parar la mayor parte de los establecimientos y poner los mejores en plena actividad. Así consiguen disminuir muchísimo los gastos y satisfacer las necesidades del mercado. El *trust* del whisky, formado por 80 destilerías, sólo tenía 12 en actividad al año de su formación. Pero del producto de los pocos establecimientos activos tiene que salir el dividendo para los dueños de todos los inactivos. Esto solo es posible elevando muchísimo el precio del artículo sobre su costo de producción. En otras palabras, mientras hay competencia hay desperdicio de fuerzas y hay ruina, pero ésta recae principalmente sobre los propietarios de los establecimientos peores ó más mal manejados. Constituido el monopolio, todos los capitalistas viven, y es el público quien costea el desperdicio, pagando una buena renta á los propietarios de los establecimientos inútiles.

Como el consumo de los artículos de primera necesidad no puede experimentar grandes reducciones, es en estos precisamente que el público es sometido á la mayor extorsión por las grandes combinaciones de capital que controlan su comercio. Todas las ocasiones son buenas para elevar sus precios. Se ha producido últimamente un ligero descenso en la cantidad de

ganado de los Estados Unidos. Esto ha bastado para que en Marzo y Abril del corriente año las tres ó cuatro grandes empresas que dominan el mercado de la carne hayan subido los precios de una manera exorbitante. Pero los precios que ellas están pagando á los que las proveen de ganado ño son en realidad más altos que antes.

Las ganancias de las compañías y de los *trusts* que monopolizan un gran ramo del comercio ó de la industria ó un gran servicio público, son por lo regular enormes. La compañía de telégrafos Bell dió en 1888 una ganancia líquida de 20 %. El *trust* del azúcar ha ganado en el mismo año 22 millones. La *Western Union Telegraph*, sobre un capital de 100 millones, ha ganado 5.792.485 \$. El *Standard Oil Trust* en los primeros años de su formación ya repartió dividendos de 12 $\frac{1}{2}$ y 13 $\frac{1}{2}$ %.

Para apreciar debidamente estas cifras es necesario saber que son calculadas respecto del capital nominal, no del capital realmente empleado en esas empresas. Los *trusts* al constituirse, previendo y descontando en cierta manera sus enormes ganancias, ó más tarde, cuando su prosperidad ya tiene el sello de la experiencia, abultan su capital dando á los accionistas acciones por un valor muy superior al realmente contribuído por cada uno de ellos. Esto es lo que aquí se llama «aguar» el capital, echarle agua. Y los dividendos son calculados respecto del capital aguado. El informe de la Cámara de Comercio de Nueva York para 1887 y 1888 estima que los «certificados» dados por el *trust* del azúcar á los accionistas de las compañías que lo formaron, estaban aguados en la proporción de 200 por 100, de manera que el dividendo de 10 $\frac{1}{2}$ % pagado ese año representaba en realidad 31 $\frac{1}{2}$ %. Las empresas de tranvías eléctricos de Brooklyn, en plena prosperidad, estaban en la operación de aguar su capital, cuando estalló la desgraciada huelga de Enero de 1895 por aumento de salarios.

VII

El peligro de Tocqueville—Concentración de la riqueza—Datos del último censo—Clases sociales—*Westside é Eastside*—Newport y Pullmantown—La «sociedad» y «el pueblo».

Hace cincuenta años Tocqueville no veía para la igualdad, tal como la había observado en América, más peligro que el de la formación de una aristocracia y de una servidumbre industrial en las grandes fábricas que ya empezaban á aparecer. Desde entonces no han hecho sino acentuarse en la industria manufacturera las condiciones que alarmaron á Tocqueville, y condiciones idénticas se han producido en la agricultura y en los transportes, con el resultado que él previó. Lo que á mediados del siglo no era más que una amenaza, ha pasado ahora á ser una patente realidad.

La concentración de la industria en grandes focos, las combinaciones del capital formando empresas gigantescas, han sido acompañadas por la acumulación de la riqueza en pocas manos, y el empobrecimiento y la sujeción de la masa de la población.

Bien demostrativos son á este respecto los datos del último censo (1890) sobre la distribución de la riqueza: 6,594,796 familias, formando el 52 % de la población, poseían 2,746 millones de pesos, formando el 4 $\frac{1}{2}$ % de la riqueza privada total; 4,994,091 familias, formando el 39 % de la población, poseían 14,550 millones de pesos, formando el 24 % de la riqueza; y 1,091,325 familias, formando el 8 $\frac{3}{5}$ % de la población, poseían 42,203 millones, es decir, el 71 % de la riqueza.

Cuando se considera en qué consiste la riqueza perteneciente á cada uno de estos tres grupos de la población, la división de ésta en distintas clases sociales es aún más evidente.

El primer grupo posee casi exclusivamente artículos de uso personal. En él no está incluido, sin embargo, ningún dueño de su propia habitación. Forma la masa de la población, la clase trabajadora.

El segundo grupo posee pequeñas chacras, pequeños talleres y pequeñas tiendas. Forma una clase media todavía numerosa, pero de existencia muy precaria como clase independiente.

El tercer grupo, mucho menor, abarca casi todas las grandes fuentes naturales de riqueza y los modernos medios de producción y de transporte. Es la más pura clase capitalista.

Hoy es evidente en los Estados Unidos la existencia de clases, tan distintas como en las viejas sociedades de Europa.

Entre el *West side* y el *East side* de Nueva York, no hay menos diferencia que entre el *West end* y el *East end* de Londres, la ciudad de los lores. De un lado están las inmensas mansiones, los espléndidos hoteles, las grandes avenidas, los parques y los museos de arte; ésta es la ciudad de los señores y de los lacayos. Del otro, la población trabajadora vive hacinada en habitaciones estrechas y oscuras, separadas por calles sucias, donde los muchachos toman su recreo entre los rieles del ferrocarril ó del tranvía. Hacia este barrio gravita también naturalmente todo lo que hay de miserable en lo abyecto.

En Chicago, la gran ciudad nueva creada por los ferrocarriles, es aún mayor el contraste entre la elegante vecindad del *Lincoln Park* y los miserables *slums* del Sud y del Oeste.

¿Qué puede haber de común entre los habitantes de Pullmantown, agrupados alrededor de la maquinaria, que forma el centro y la razón de ser de esa ciu-

dad, y las grandes damas y los magnates que, en la Biarritz norteamericana, forman la brillante *sociedad* de Newport?

Porque también en los Estados Unidos la expresión «sociedad» en el sentido que le dan los diarios y que tiene en la conversación, no significa el conjunto de la nación, ó de la población de un punto dado; sino solamente el grupo de privilegiados que pasan su tiempo en la disipación y en los placeres, ó simplemente buscando los medios de matar su fastidio. Su más alta representación son *the four hundred* (los 400) de Nueva York, para ser incluido entre los cuales es necesario tener varios millones.

La antítesis de «la sociedad» es «el pueblo». Este no comprende tampoco toda la nación norteamericana, sino sólo la parte de ella que está obligada á trabajar, y cuanto más duro é indispensable es el trabajo, tanto más quien lo hace pertenece al «pueblo» y menos á la «sociedad».

Por supuesto que en ciertas ocasiones, cuando se trata de hacer creer al pueblo que ocupa el primer puesto en la nación, la expresión de «pueblo» es muy honrada. Con la misma verdad con que en los trenes, para que todo el mundo vaya contento, no hay coches de segunda clase en los Estados Unidos, pero los peores son los llamados de primera. Los grandes coches palacios no entran en la cuenta.

VIII

El país de los millonarios—Quiénes son?—No están entre ellos los grandes inventores—Astor, Gould, Vanderbilt, y demás—Historia de Russell Sage—Capitanes de la industria.

Sobre el nivel general de la clase rica se destacan en los Estados Unidos una serie de grandes fortunas, como no las hay en ninguna otra parte. Norte América es hoy el país de los millonarios.

Hace algún tiempo la *Tribuna*, de Chicago, publicó una lista de doscientos capitalistas de esa ciudad, que en el espacio de quince años habían acumulado 506 millones de pesos. Poco después el *Times*, de Filadelfia, daba otra de 98 individuos y familias del país, poseedores entonces de 2,731 millones, es decir, cerca de 28 millones cada uno. Ultimamente, con motivo del fracasado impuesto sobre la renta, el *World*, de Nueva York, ha publicado una tercera, en la que 123 personas de esa ciudad aparecen como propietarias de 1,882 millones de pesos, á razón de unos 15 millones por cabeza.

¿Quiénes son los seres extraordinarios que se encuentran en situación tan excepcional? En vano se busca entre ellos los nombres americanos de Fulton, inventor de los buques á vapor, Morse, inventor del telégrafo, Morton, descubridor de la anestesia, Roebling, constructor del puente de Brooklyn. No están tampoco los descendientes de los ingleses Watt y Stephenson, que inventaron la máquina de vapor y la locomotora, ni los del italiano Volta, que descubrió la pila eléctrica. Ni hay porqué creer que los genios

deseñados que inventaron el arte de hacer fuego, el hacha, el arado y la rueda, figuren directamente entre los ascendientes de los potentados americanos del día.

Entre éstos están los dos Astor, dueños de 200 millones, cuya fortuna es de la explicación más sencilla. Nueva York está situada en una península muy larga y angosta, que empezó á ser edificada por la punta. El fundador de la dinastía Astor, por casualidad ó con intención, adquirió con poco trabajo una ancha faja transversal en la parte todavía no edificada, y cuando Nueva York necesitó ser una de las ciudades más grandes del mundo, los Astor fueron al mismo tiempo de los hombres más ricos.

Están los Gould, cuyo padre, de odiada memoria, de un modo ó de otro consiguió apoderarse de todos los telégrafos y de una tercera parte de los ferrocarriles del país. Están los Vanderbilt (220 millones), «magnates ferrocarrileros» según la frase consagrada, dueños de las más importantes vías comerciales de los Estados Unidos. Están los reyes de los monopolios, porque cada *trust* tiene su *king*: Juan Rockefeller, rey del petróleo, con 125 millones; su hermano Guillermo y Flager, sus lugartenientes, con 60 millones cada uno; Armour, rey de la carne, con 40 millones; los Havemeyer, reyes del azúcar, con 50 millones entre los dos. Están Mrs. Green, una vieja avara de Nueva York, con 40 millones; Carnegie, para quien trabajan 20.000 hombres, con 20 millones; Pullman, no conde ni duque, pero sí dueño de la ciudad del mismo nombre, con 20 millones, etc., etc.

La historia de un gran millonario, publicada en Abril del corriente año por el *Boston Daily Standard*, permite seguir de cerca el desarrollo de uno de estos personajes. Van á continuación las partes principales.

«Russell Sage, como todos los financistas realmente grandes de este país, principió su vida en una chacra.

«En el momento de su nacimiento, su madre ofreció seguramente una oración para que llegara á ser buen presbiteriano y chacarero próspero, siendo esta toda su ambición. Hoy Russell Sage es probablemente un hombre tan rico como el que más en el continente occidental. El monto actual de su fortuna es desconocido para el público, pero se estima que anda cerca de los 100 millones de pesos.

«Que Russell Sage ocupa una posición importante y única en la arena financiera, está ampliamente atestiguado por su propia carrera. En cuanto á la posición que ocupa en la pública estima, puede ser dejado sin cuidado á la opinión individual. Wall Street ⁽¹⁾ ha sido para él un libro abierto por cerca de medio siglo, y apenas habrá habido una ocasión en que él no haya podido leer entre líneas, siempre para su provecho y ganancia.

«Aunque en su juventud solo recibió meros rudimentos de educación, la reemplazó con capacidad y conocimientos generales.

«Su principal negocio es prestar dinero á los banqueros, corredores y corporaciones, que ofrecen garantías de primera clase.

El aumento de su fortuna consiste hoy principalmente en intereses y dividendos.

«En su apariencia personal Russell Sage es juvenil, si se tiene en cuenta que es de 79 años de edad. Durante los últimos años ha envejecido notablemente, sin embargo, y su paso ha perdido mucho de la elasticidad que tenía antes de que el 4 de Diciembre de 1891 un loco intentara hacerlo volar con dinamita. Ha adquirido también el hábito de mirar furtivamente á su alrededor, como si á cada momento esperara la explosión de otra bomba á sus piés.

«La carrera de Russell Sage ha sido por etapas su-

(1) La calle de los bancos y de la especulación en Nueva York.

cesivas. Primero se eleva de la pobreza de un descalzo muchacho de chacra á la situación más cómoda de dependiente del almacén de su hermano, en Troy. Después, á tuertas ó derechas, llega á ser su propio patrón y socio de otro hermano en el negocio de licores. El camino de la fortuna y de la importancia política, encontrado por medio del whisky, fué fácil. Primero consejero municipal, después tesorero, después miembro del Congreso, se establece por fin con millones á su disposición, al sólo objeto de acumular dinero.

«Una de sus obligaciones en el almacén de su hermano era atender el mostrador, donde se servía por vasos la ginebra y otros alcohólicos, y si la palabra de los viejos de Troy tiene algún valor, esta era la ocupación favorita de Russell.

«En 1839, sintiendo que la venta de licores por vasos alarmaba su «puritánica conciencia», vendió el negocio con gran ganancia sobre su capital primitivo.

«Casi inmediatamente después emprendió por mayor el comercio de almacén, provisiones y licores. También traficaba en caballos y se hizo conocido en todo el país como un tratante demasiado diestro para permitir á la honradez cerrarle el camino de un buen negocio.

«En 1841 Russell Sage se había hecho una fortuna rara vez adquirida por un hombre de 25 años de edad solamente. Tenía 75,000 \$, además de su negocio.

«En 1863 Sage vendió su almacén en Troy, pasó á Nueva York, y en seguida se zambulló en el torbellino de negocios de Wall Street. Su amistad por Gould ha sido uno de los lados brillantes de la vida de Sage, y su gran fortuna ha estado siempre á la disposición de Gould, según decían.

«La única vez conocida que Sage ha sido seriamente golpeado, fué cuando la quiebra de Grant y Ward, en 1884. Tenía muchas operaciones en vía cuando se produjo el pánico, y una multitud acudió á sus oficinas pidiendo liquidación. Se asustó mucho, cerró las puer-

tas, y pidió protección á la policía. Pero Jay Gould le aconsejó que no fuera loco, que abriera otra vez sus oficinas, é hiciera frente á la música. Así lo hizo y perdió 8,000,000 de \$.

«Russell Sage ha sido casado dos veces. No teniendo hijos, no puede disponer de su fortuna como Jay Gould de la suya. Los que mejor lo conocen creen que dejará la mayor parte á sus parientes, y lo demás para dotar alguna institución ó colegio, probablemente la escuela teológica presbiteriana de Princeton. En todo caso, Mr. Sage es un calvinista del tipo más pronunciado. Es miembro de la iglesia presbiteriana de la calle 42 de Nueva York, donde tiene su asiento particular. Todos los domingos se le encuentra allí, escuchando atentamente el sermón. Mr. Sage tiene un magnífico mausoleo en el cementerio Oakwood, de Troy.»

Por el estilo de Russell Sage son los hombres hoy designados en los Estados Unidos como «capitanes de la industria».

IX

La situación de la clase obrera no corresponde á la riqueza y adelanto industrial del país— Es, sin embargo, mejor que en los demás países.—Salarios.—Trabajo de los niños.—El *sweating-system*.

Responde la situación del pueblo norteamericano á la extensión y riqueza de su territorio y á su adelantada técnica industrial? Si por pueblo entendemos la gente que trabaja, indudablemente no. Para que la clase trabajadora viviera en la abundancia, sería necesario que todo el trabajo hecho fuera útil, mientras que hoy una gran parte de él es destructivo; sería necesario que toda fuerza humana utilizable encontrara un empleo inmediato y fácil, y ahora hay un ejército permanente de desocupados; sería necesario, sobretodo, que cada uno dispusiera del producto íntegro de su trabajo, y hasta ahora una clase capitalista absorbe, sin producir, la mejor parte del producto del trabajo nacional.

Pero si la ley de los salarios también se cumple en los Estados Unidos, está calificada por las circunstancias locales, que dan á los trabajadores en este país una situación mejor que la de los de Europa y los demás países de América.

Durante mucho años la escasez de brazos ha determinado la suba de los salarios, y la clase obrera se ha habituado á un género de vida á que no renuncia sino bajo la acción de la más extrema necesidad. Lo que se considera indispensable para la vida, es más en los Estados Unidos que en los demás países. De ahí

nace el desprecio, tan manifiesto en este país, por los inmigrantes que se contentan con una vida inferior.

Por otra parte el desarrollo del maquinismo, reduciendo al mínimum el número de hombres empleados y exigiendo de ellos una atención más sostenida, permite á los capitalistas, y en cierta manera, los obliga á pagarles salarios más altos que en los países donde la industria no está tan adelantada. Lo mismo sucede en Inglaterra.

Por regla general, un obrero norteamericano, cuando tiene permanentemente trabajo, gana un salario relativamente alto. Júzguese por los datos siguientes, teniendo en cuenta que la moneda americana es oro ó su equivalente.

Abril de 1895.— Huelga de tejedores en Massachusetts. Ganan 7 pesos por semana, algunos 9, y piden un aumento de 20 %.

Abril de 1895.— Huelga de tejedores en Rhode-Island. Calculando sobre la paga recibida durante 10 semanas, cada obrero gana por término medio \$ 6.50 por semana.

Abril de 1895.— En Brighton, huelga de obreros de construcción que ganan \$ 1.62 por día; piden 13 centavos más.

Abril de 1895.— Los trabajadores de un tranvía de Boston, que ganan \$ 1.43 por día, piden 2 \$, y consiguen 1.50 \$.

Mayo de 1895.—Huelga de 35 obreras en seda, de Paterson, que ganan \$ 5 por semana.

Mayo de 1895.—En St. Louis (Missouri) los peones de albañil se declaran en huelga. Ganan por hora 32 $\frac{1}{2}$ y 35 centavos respectivamente por acarrear ladrillo y mezcla. Piden por esos trabajos 35 y 37 y $\frac{1}{2}$ centavos por hora respectivamente.

Junio de 1895.—50 jornaleros italianos de Filadelfia, que ganan \$ 1.20 al día, se declaran en huelga y consiguen 15 % más.

En St. Louis los albañiles ganan de 3.50 á 4 \$ en

ocho horas. Los carpinteros, 35 centavos por hora.

Peones de chacra en Missouri, muchos de ellos negros, ganan 13, 14 y 15 \$ por mes, con alojamiento y comida. Hace cuatro ó cinco años ganaban 20 ó 25.

Una mucama en Nueva York gana de 12 á 15 \$ al mes. Un muchacho lustra-botas en Boston gana 3 \$ por semana.

Para Waring, comisionado municipal de la limpieza de las calles de Nueva York, 600 \$ al año es un salario liberal, contra lo que protesta Brower, jefe de los Caballeros del Trabajo.

En Winnipeg (Canadá) las sociedades gremiales informan como sigue: salario medio de los carpinteros, por hora 27 $\frac{1}{2}$ centavos; de los albañiles, por hora 50 centavos; de los yeseros, 40 centavos por hora; de los plomeros y gasistas, 3.75 \$ por día de 9 horas; de los tipógrafos, 16 \$ por semana de 54 horas.

Los datos siguientes son tomados de los informes oficiales.

En Pensilvania (1889) los peones de chacra ganaban de 15 á 18 \$ mensuales.

En Michigan, según la última estadística, los peones de chacra que trabajan por día ganan por término medio 90 centavos diarios, y los que por mes, 17.84 \$ mensuales. La estadística de 1888, dió en el mismo estado un salario medio mensual de \$ 16.77.

El 7º informe anual (1891) de la Oficina Federal del Trabajo se ocupa de la industria algodonera, y analiza la situación de cierto número de familias ocupadas en ésta. El número medio de niños de cada una de esas familias es en los Estados Unidos 3.5, en Europa 3.1 El número de niños que trabajan, por cada familia, es 2.4 en los Estados Unidos, y 2 en Europa. El número de niños en la escuela es 1.8 en los Estados Unidos, y 1.9 en Europa. La entrada media anual por familia, comprendiendo los salarios de la madre y de los niños cuando trabajan, y lo recibido de huéspedes, cuando los hay

en la familia, es de \$ 657.76 en los Estados Unidos, y de 469 \$ en Europa.

Estas cifras muestran una diferencia en favor de los salarios norteamericanos. Pero, cuán lejos está esa diferencia de corresponder á la inmensa superioridad de la riqueza general del país!

Por otra parte, no puede disfrutar de un gran bienestar la clase trabajadora de un país donde un gran número de niños trabajan en la industria. En 1880, en las fábricas, minas y comercio de los Estados Unidos trabajaban 1,118,000 niños. Desde entonces en algunos de los Estados, principalmente en Massachusetts, el número de niños empleados ha disminuido, pero nada prueba que no haya aumentado en el conjunto del país.

La Oficina de Estadística del Trabajo del estado de Illinois investigó en 1891 la situación de 5099 mujeres trabajadoras de Chicago. 42.90 % de ellas ganaban un salario medio de \$ 8.18 por semana; las 57.10 por ciento restantes sólo ganaban \$ 4.91 semanalmente.

En los Estados Unidos, como en todas partes, las mujeres y los niños, que no saben ó no pueden asociarse para defender sus intereses, son los trabajadores más vilmente explotados.

La industria de la ropa hecha, centralizada en las grandes ciudades, está en manos de grandes casas que contratan con sub-empresarios la confección de las piezas á tanto cada una. Esos sub-empresarios pagan, por supuesto, á los obreros que ocupan un precio mucho menor. Es lo que se llama *sweating system* (sistema de hacer sudar). Los empleados en estas condiciones, casi todos mujeres y niños, tienen que trabajar sin descanso para obtener un salario mezquino. Las recientes investigaciones hechas en Nueva York, Filadelfia y Chicago sobre la situación de estos obreros han revelado que ella es de todo punto miserable. De 65 á 75 centavos es lo que algunas obreras ganan por

coser una docena de camisas. Jóvenes de 14 á 16 años trabajan más de 10 horas diarias para ganar 50 centavos. La mayor parte de ellas no ganan más de 2.50 á 3 \$ por semana. Una mujer italiana de Nueva York declara que para ganar 5 \$ por semana entre ella y su hija, tienen que trabajar desde las ocho de la mañana hasta la una de la noche.

Como consecuencia, una falta de desarrollo bien significativa se observa en la técnica de esta rama de la industria norteamericana. Nada más fácil que transmitir á las máquinas de coser el movimiento de un motor á vapor ó eléctrico. Pues en muchos grandes talleres esto no se hace. «Las piernas son más baratas que el vapor», dicen los empresarios.

X

Cómo vive la clase trabajadora—Primera impresión—Habitaciones y alquileres—Precios de los artículos de consumo—Presupuestos obreros.

Para apreciar la situación de la clase trabajadora de un país, no basta conocer los salarios. Es cierto que el oro vale lo mismo en todas partes, y que el precio de las mercaderías de consumo tiende á ser también universalmente uniforme. Pero en los pequeños presupuestos obreros, una pequeña diferencia en los precios de ciertas comodidades se traduce en una diferencia muy perceptible de bienestar. Que estas diferencias existen, bien lo prueban la corriente de artículos de primera necesidad que va de América á Europa, y la de inmigrantes que viene de Europa á este continente.

Admitiendo, pues, que el salario medio del obrero norteamericano sea de 1.50 diarios ¿cómo puede vivir con ellos?

A juzgar por la exterioridad de las cosas, en general los trabajadores viven pasablemente bien en los Estados Unidos. En las ciudades no se ve sino gente bien vestida, entre la que no es siempre fácil distinguir á los obreros por el traje. Los que trabajan en las calles andan bien abrigados y calzados; muchos de ellos usan guantes. En Boston los conductores de tranvía llaman la atención envueltos en grandes abrigos de pieles. A penas se ve el tipo del muchacho andrajoso, vendedor de diarios, tan común en otros países. Si se exceptúa á los de Nueva York y Chicago, los barrios obreros tienen bastante espacio, aire y luz,

y son bastante limpios. Numerosas tiendas de frutas tropicales y del país parecen indicar que, en cuanto á alimentación, la población tiene algo más que lo indispensable.

Muchos obreros sin familia viven como huéspedes. Por 4 $\frac{1}{2}$ á 5 pesos por semana pueden tener una pequeña pieza amueblada y la comida. Esta no es indudablemente, por ese precio, muy buena ni muy abundante.

Por regla general una familia obrera gasta más en alquiler de casa en los Estados Unidos que en Europa. Según una estadística oficial, el alquiler medio anual pagado por cada familia ocupada en la industria de los tejidos de algodón es de 72.80 \$ en los Estados Unidos, y de 43.84 \$ en Europa. Datos del mismo origen relativos á 2562 familias obreras americanas, y 703 europeas indican que las primeras gastan el 15 % de sus entradas en alquiler, y el 41 % en alimentos, mientras que las últimas gastan el 11 y el 48 % de sus entradas respectivamente en llenar esas necesidades.

Las *tenement-houses*, ó casas inquilinatos, de Nueva York son edificios de cuatro pisos, con una escalera de madera estrecha y muy oscura, á la que dan las piezas. Entre los balcones á la calle de uno y otro piso hay escaleras metálicas de escape, para el caso de incendio. En una de estas casas, una pieza amueblada del cuarto piso, con balcón, costaba en Marzo de este año 2 $\frac{1}{2}$ \$ por semana. Otra muy chica, sin sol y con muy poca luz, 1 $\frac{1}{2}$ \$ por semana. En un edificio de aspecto más nuevo, un departamento de dos piezas y cocina, con balcón, costaba 10 \$ al mes.

En las otras ciudades, son más baratas. En Sud Boston hay muchos edificios de madera, de dos pisos, cada uno de ellos de cuatro piezas, que se alquilan á razón de 2 \$ por semana y por piso. En el barrio obrero del sud de Filadelfia, una casita independiente, con cuatro piezas y cuarto de baño, cuesta 10 \$ mensuales.

En el comercio por menor los artículos de consumo suben mucho de precio. Esto sucede en los Estados Unidos en la misma ó en mayor proporción que en los otros países. El pan hecho de trigo americano cuesta más al consumidor en Nueva York que en Londres.

Pero esta no es la regla, y el obrero norteamericano siempre aprovecha un poco de la inmensa producción agrícola de su país.

Véase los precios por menor de los más importantes artículos de consumo: la carne segun clase, de 10 á 20 centavos la libra (453 gramos); el tocino de 10 á 15 la libra; el jamón de 15 á 20 cent.; un pan, de unas dos libras, 4 á 5 cents.; la harina de trigo, de $\frac{1}{2}$ á 1 centavo la libra; la harina de avena, con que todo el mundo se desayuna, 2 centavos; el azúcar, 4 $\frac{1}{2}$ centavos; los porotos y arbejas, 4 á 5 centavos; la leche, unos 6 centavos la cuarta (0.946 litro); la manteca, 20 á 25 centavos la libra; el queso, como 15 centavos; huevos, 15 á 20 cents. la docena; las papas, 90 centavos el bushel (35 litros); frutas secas, de 6 á 10 cent. libra; el café, 35 cent.; el té, 60 cent.; el jabón ordinario, 5 centavos la libra; el petróleo, 8 cent. el galón (3.78 litros).

Las ropas son caras, sobretudo los tejidos de abrigo y de ropa exterior. Los muebles son baratos: por 1 $\frac{1}{2}$ pesos se tiene una silla; por 20 pesos, un juego de dormitorio.

Hay ediciones populares muy buenas de los mejores autores: se puede comprar las obras de Shakespeare y de Dickens á 10 ó 15 centavos el tomo.

El periódico socialista *The People*, de Nueva York, ha publicado recientemente dos presupuestos obreros, muy instructivos respecto de la vida de la clase trabajadora.

El primero es de una familia residente en Nueva York, formada por el padre, la madre y dos niños, y corresponde al año 1892, en que el padre, maquinista

de oficio, tuvo constantemente trabajo. Sus salarios constituyeron todas las entradas, y ascendieron á \$ 794. Los gastos fueron de 788.22 \$, distribuidos así: alquiler de 4 piezas, 144 \$; luz y combustible, 41.75 \$; alimentos, en que figuran 700 libras de pan, 750 de carne, 229 de chanchería, 230 de azúcar, 60 de manteca, 12 de queso, 40 de café, 12 de té, 520 cuartas de leche, 104 docenas de huevos, etc., 337.62 \$; vestido y calzado para el padre, 56.50 \$; idem para la madre, 35 \$; idem para los niños, 26 \$; gastos diversos, en que entran 10 pesos para organizaciones obreras, 10 \$ para libros y periódicos, 9 \$ para seguros, 30 pesos de gastos de enfermedad, etc., 157.35 \$.

La segunda cuenta es la de un zapatero, con mujer y dos hijos chicos, residente en una pequeña localidad del estado de Virginia. Corresponde al año 1894, durante el cual el hombre estuvo sin trabajo 17 semanas, y solo tuvo ocupación para pocas horas muchos otros días del año. Sus salarios, única entrada de la familia, fueron de 276.93 \$ en todo el año. Los gastos: seis piezas y jardín 60 \$; luz y combustible, 30.15 \$; alimentos (carne, pan, 130 libras de azúcar, 46 de manteca, 48 de café, 13 de té, 52 docenas de huevos, 8.43 \$ de frutas, etcétera) 156.83 \$; ropas para toda la familia, 43.20 pesos; gastos diversos, en que entran 20 \$ de muebles, 4.15 \$ para libros y periódicos, 23 \$ de seguro sobre la vida, etc., 131.42 \$. Total de gastos: 421.59 \$. Déficit que el hombre adeudaba al fin del año: 144.67 \$.

Cuan lejos están los trabajadores de muchos países, entre estos la República Argentina, de vivir como los obreros norteamericanos! Y, sin embargo, cuan lejos están estos mismos de una vida de abundancia, regular y segura! Porque la generalidad de ellos están en la situación intermedia de los dos ejemplos dados, del maquinista que podía vivir y del zapatero en bancarrota. Datos relativos á 928 familias, empleadas en la industria del hierro y del carbón, recogidos en 1890, muestran que la entrada media anual de las familias

sin hijos era entonces de 468.22 \$; para las con un hijo, 502.22; para las con dos, 565.22; para las con tres, 557.68; para las con cuatro, 424.17; y para las con cinco hijos, todos menores de catorce años, 592.57 \$. En ese tiempo los salarios no habían bajado y había constantemente trabajo.

XI

Instabilidad económica y social — Especulación — Crisis — Crisis de 1837, 1847, 1857, 1873 - 78, 1882-86 y 1892 - 94 — La prosperidad vuelve.

La instabilidad y el desorden reinan hoy en la vida económica y social de los Estados Unidos.

Si esos fueran siempre los caracteres de las sociedades viejas, habría que reconocer que la libre competencia industrial, bajo el régimen de la propiedad privada de los medios de producción, ha hecho envejecer pronto á la sociedad norteamericana. Se han formado clases con intereses diametralmente opuestos; ha crecido enormemente la capacidad productiva del país, y los consumos del pueblo sólo han aumentado en una proporción mucho menor. De ahí resulta un estado anormal y conflictos casi permanentes. Es una época de grandes crisis, de desocupación de millones de hombres, de huelgas gigantescas.

Ligado al mercado universal, el mercado norteamericano sufre la repercusión de las crisis á que el régimen capitalista da lugar en el mundo europeo. Y le corresponde con creces.

Bastaría para producir crisis universales la especulación que se hace en los Estados Unidos, entendiendo por especulación tanto las transacciones inútiles en terrenos y en títulos, como todas las empresas industriales y comerciales emprendidas, no para llenar una necesidad real del mercado, sino para ganar mucho dinero en poco tiempo. Norte América es la tierra de promisión de los especuladores; es el país de las grandes

quiebras y de las inmensas fortunas improvisadas. El respetable Morton, actualmente Gobernador de Nueva York y dueño de diez millones de pesos, es un antiguo banquero quebrado.

Así, desde que el régimen capitalista se ha caracterizado en el país y éste ha tenido un papel importante en el mercado universal, las crisis han venido sucediéndose con una frecuencia y una gravedad crecientes; sin que las hayan producido guerras, ni epidemias.

La crisis de 1837, fué casi exclusivamente financiera, y se la atribuye á la gran importación de mercaderías que determinó una gran exportación de metálico. Los salarios no descendieron, y tanto la producción como el comercio se mantuvieron bastante bien.

En 1847-48 hubo una depresión análoga, que coincidió con la crisis europea de esa época. Esta vez tampoco disminuyó el comercio general del país. La guerra con Méjico no tuvo influencia alguna en la producción de esa crisis.

La prosperidad volvió, y fué *in crescendo* hasta 1857, en que la especulación, principalmente en ferrocarriles y en manufacturas de algodón, terminó por un pánico, y una crisis muy grave. Muchas fábricas se cerraron, otras trabajaron á media fuerza, los salarios sufrieron. El comercio exterior, representado en 1857 por 642 millones de pesos, bajó en 1858 á 535 millones.

La actividad volvió poco á poco, hasta que estalló la guerra entre los estados del Norte y los del Sud.

Terminada la guerra y abolida la esclavitud, en 1866 los negocios tomaron de golpe un vuelo extraordinario; durante algunos años hubo una enorme especulación en tierras y ferrocarriles, y grandes emisiones de papel moneda. En 1871 empezó en Alemania el período de especulación que siguió á la guerra con Francia. Y en 1873 estalló la crisis que envolvió, no solo á los Estados Unidos y Alemania, sino también á varios otros países de Europa, extendiéndose en 1875 á la República Argentina. Esta crisis, que se prolongó hasta fines de

1878, fué en los Estados Unidos de una severidad extrema. Durante los seis años 1873-78, las quiebras fueron á razón de 200 millones por año. La clase obrera sufrió por salarios bajos y falta de trabajo. Solo en Boston había á mediados 1878, 30.000 hombres sin trabajo. La conmoción pública fué tan grande que el Congreso se creyó obligado á hacer algo, y nombró dos comisiones para estudiar las causas de la crisis. En el informe sobre *Industrial Depressions* presentado en 1886 por el jefe de la Oficina Federal de Trabajo, se encuentran registradas en orden alfabético las causas á que atribuyeron la crisis de 1873-78, las personas consultadas á ese respecto por las comisiones del Congreso. Hay allí de todo, desde los elementos de explicación más fundamentales como la especulación, la falta de consumo, la legislación de clase, hasta las apreciaciones más absurdas, como la indebida influencia de los agitadores, la indolencia instintiva y general, etc.

A fines de 1878 empezó á mejorar el estado de los negocios, y por espacio de tres años el desarrollo económico del país siguió adelante. Pero poco á poco, y sin crisis propiamente dicha, se sintió en 1882 el principio de otra profunda depresión industrial, que fué agravándose hasta 1886. En 1884 las quiebras representaron 226 millones de pesos. El comercio exterior, que durante varios años había estado alrededor de los 1500 millones, descendió en 1886 á 1314 millones.

La inmigración que en los años 1881, 1882 y 1883 había representado respectivamente el 57.71, y el 66.92 y el 50.44 % del aumento de la población, sólo representó en 1886 el 26.61 %. Hubo gran número de desocupados, y como siempre, la clase trabajadora sufrió mucho.

La reacción empezó en 1887 y todo volvió á ir en aumento hasta fines de 1892, en que empezaron á sentirse otra vez los resultados de la especulación, esta vez agravados por los efectos de la competencia de los nuevos países agrícolas, y por la repercusión de la

crisis inglesa, que empezó con la quiebra de Baring Brothers. En el año que terminó el 30 de Junio de 1893, las quiebras alcanzaron á la cifra nunca vista de 346 millones. En todas sus otras manifestaciones ha sido igualmente severa esta crisis, debido también en parte á la absurda ley Sherman, por la cual, para detener la baja de la plata, los Estados Unidos se obligaban á comprar mensualmente 4,500,000 onzas de ese metal. La producción agrícola é industrial y el comercio exterior han sufrido una disminución considerable. La inmigración ha llegado á ser casi nula, los salarios han sido reducidos un 20 %. Ha habido millones de desocupados, los consumos han descendido á cifras desconocidas desde hace muchos años.

Pero he aquí que en 1895 el recinto de las Bolsas empieza á ser el teatro de las escenas más vivas: todo sube; en Marzo el precio del petróleo oscila de 100 % en el espacio de unos días; la carne sube otro tanto; Mr. Armour, rey de la carne, gana accesoriamente 960.000 pesos en un día especulando en trigo; este también se pone á subir á saltos, y cierto día en Chicago llega á valer más que en Nueva York; Fair, de California, aprovecha la suba para deshacerse de 170.000 toneladas que tenía apolillándose en depósito; los algodones, los cueros, los botines, el papel, suben también; *bulls* y *bears* (toros y osos), alcistas y bajistas, se entregan ciegos á la lucha, en que unos venden lo que no tienen, otros han comprado lo que no necesitan, otros entregan por un lado lo mismo que están comprando por otro.....

Es la prosperidad que vuelve, dicen los diarios. Renacida la confianza, «fuertes capitalistas han resuelto que las cosas se muevan», y éstas empiezan á moverse. ¿Para cuándo la próxima crisis?

XII

Los desocupados—Su número en las últimas crisis—Estadística de Massachusetts—Los *tramps*—En Nueva York—El plan Detroit—Ocupaciones parasitarias y perniciosas.

A la vista del creciente comercio y de la creciente industria que generalmente suceden á las crisis, no faltará quien vea en éstas el resultado de una sabia ley que somete los fenómenos económicos, como los de la vida, á un ritmo, fuera del cual no hay salud ni progreso. Pero no pueden pensar así los millones de trabajadores que á cada depresión industrial se ven privados de trabajo, su única fuente de subsistencia.

Dos circunstancias hacen que en los Estados Unidos esta consecuencia de las crisis sea de las más acentuadas. La primera es el gran empleo de las máquinas, debido al cual un considerable número de brazos son relativamente superfluos. La segunda es la organización de la industria en grande escala, que le hace sentir más pronto los efectos de la crisis, y la pone en condiciones de substraerse á ellos, aunque sea en parte, parando las fábricas.

Ya en la crisis de 1873-78 fué grande el número de desocupados.

Ese número fué mucho mayor durante la depresión industrial de 1882-86. Según la apreciación de la Oficina Federal del Trabajo, en 1885 había un millón de hombres desocupados en los ramos de agricultura, comercio y transportes, industrias mecánicas y mineras, y manufacturas.

Pero el ejército de «los sin trabajo» nunca ha sido tan grande como en la reciente crisis de 1893-94.

Llewelyng, gobernador de Kansas, lo ha calculado en dos millones. En Massachusetts, gran estado manufacturero, la situación á este respecto en 1893 está bien demostrada por el cuadro siguiente, tomado del último informe de la Oficina del Trabajo de ese estado. El cuadro se refiere á los obreros de todas las industrias en general.

PROPORCIÓN POR CIENTO DE DESOCUPADOS

	1889	1890	1891	1892	1893
Enero.....	3.42	5.10	1.57	4.45	2.61
Febrero.....	2.13	3.71	1.11	2.98	1.98
Marzo.....	1.61	2.71	0.70	2.07	0.91
Abril.....	1.52	2.77	0.30	1.01	0.00
Mayo.....	1.38	2.50	0.00	1.10	0.37
Junio.....	1.37	2.04	0.66	1.74	2.92
Julio.....	2.35	2.13	1.89	2.85	8.32
Agosto.....	1.69	2.45	1.73	2.38	17.49
Setiembre.....	0.53	1.05	0.83	0.95	22.33
Octubre.....	0.00	0.00	0.30	0.07	15.27
Noviembre.....	0.30	0.76	1.02	0.00	15.14
Diciembre.....	0.96	1.42	0.76	0.24	14.78

En Septiembre de 1893, cuando la Exposición estaba en todo su esplendor, había en las calles de Chicago 100,000 hombres sin trabajo.

Durante el año 1894 la situación en todos los Estados de la Unión ha sido la misma, sino peor. La estadística de Connecticut, da para este Estado, durante ese año, 15 % de los obreros sin trabajo, y los demás trabajando sólo 2/3 del tiempo regular, lo que significa para estos una disminución de sus entradas, ya mermaidas por la reducción general de los salarios en un 10 %. En Mayo de 1894 fué cuando «los sin trabajo»

de los estados del Oeste, emprendieron su expedición á Washington, tan sensacional como absurda.

La existencia de una inmensa multitud de *tramps* (vagos) ha sido en los últimos tiempos uno de los rasgos más característicos del país.

Esto no ha dejado de tener peligros para la gente de posición, que en más de un caso se ha preparado á administrar á esos hambrientos «una dieta de plomo». Pero, por lo general, las cosas han pasado más tranquilamente, si no con amor, sin odio. Un diario de Nueva York publicaba hace poco el siguiente telegrama: «Columbus, Ohio, Abril 18.— El mal olor que salía de los restos de un granero que se quemó el otoño pasado en una chacra, cerca de Delaware, O., condujo ayer á una investigación, encontrándose los restos quemados de cuatro seres humanos. Se supone que eran *tramps* que estaban durmiendo en el granero». Sólo donde existe toda una multitud de miserables vagabundos, mirada como una calamidad necesaria, se concede semejante telegrama.

A principios de este año, era grande aún la escasez de trabajo.

A las puertas de la casa municipal de New Haven, los solicitantes de trabajo, de miedo de perder su turno, se reunían desde media noche y esperaban al aire libre la llegada del día, á pesar de ser un invierno muy riguroso. Una noche uno de ellos cayó muerto de frío.

En Nueva York, en medio de la magnificencia de la Broadway, todavía se encontraba la clase especial de mendigos propia de las ciudades norteamericanas. Son jóvenes, de aspecto sano, ú hombres con la expresión de largos años de vida honrada, válidos, limpios, que se acercan al que pasa, y le piden una limosna porque están sin trabajo. No huelen á alcohol, y lo que quieren no es dinero, sino qué comer. Bien lo ve quien desconfía de su miseria y los acompaña á donde pueden calmar su hambre. Tal vez alguno de ellos, si después de comer le sobran algunos centavos, se crea

obligado á devolverlos. Son los destacados de los grupos de « sin trabajo » que están tomando el sol, á falta de otra cosa, á lo largo de las avenidas 1ª y 10ª. Admitiendo que haya entre ellos individuos perezosos y sin vergüenza, ¿no ha sido siempre necesaria una honda perturbación social para que se haya desarrollado esta clase de mendigos?

Las autoridades de Detroit (Michigan) se han creído obligadas á hacer algo para remediar la situación de los « sin trabajo ». El « plan Detroit » consiste en hacer sembrar papas por los desocupados en los terrenos baldíos de los suburbios de la ciudad. De esa manera, el año pasado 945 familias cosecharon 14,000 \$ de papas y otros vegetales. Un sistema que permite así á cada familia ganar un poco más de 14 pesos por año, ha sido muy aplaudido, y muchas otras ciudades se han puesto á imitarlo. Por ahora hay que ver en él la más completa expresión de lo que la clase dirigente de los Estados Unidos puede hacer en bien de los desocupados.

Relacionado, aunque indirectamente, con la desocupación periódica de millones de trabajadores, se está operando un gran cambio en las ocupaciones del pueblo norteamericano. A medida que para la producción y el transporte se va necesitando un número de hombres relativamente menor, mayor es el número de los que tienen que buscar su vida en ocupaciones de otro orden, muchas de ellas inútiles y parasitarias, otras humillantes y perniciosas. La empleomanía es tal vez hoy en los Estados Unidos tan general como en la República Argentina ó en España. Los corredorés y agentes intermediarios de todas clases se multiplican al infinito. Los hombres-sandwichs aumentan, lo mismo que las prostitutas y los lacayos.

XIII

Las huelgas -- Su frecuencia é importancia crecientes -- Sus causas --
Mineros de antracita -- Ciudad de Pullman -- Extensión y violencia
de algunas de las últimas huelgas -- Son conflictos de clases.

Los datos publicados por la Oficina del Trabajo permiten formar el siguiente cuadro de la frecuencia de las huelgas en los Estados Unidos.

	Número de huelgas
Antes de 1801.....	4
de 1801 á 1810.....	4
de 1811 á 1820.....	2
de 1821 á 1830.....	4
de 1831 á 1840.....	37
de 1841 á 1850.....	28
de 1851 á 1860.....	59
de 1861 á 1870.....	129
de 1871 á 1880.....	1123
de 1881 á 1887.....	4755

Aquí no están comprendidas, por su misma insignificancia, algunas de las huelgas más pequeñas, sobre todo las acaecidas en los últimos años á que se refiere el cuadro. Por incompleto que este sea, siempre es altamente demostrativo.

Hasta 1830 las huelgas fueron en los Estados Unidos completamente excepcionales, y las pocas que se cuentan en esa época fueron de muy escasa importancia. La década 1830-40 en que se produjo la primera crisis, es también la primera señalada por el aumento de las huelgas. Estas fueron después ganando en frecuencia

é importancia, aunque despacio, hasta 1867. Desde entonces su número y su gravedad han aumentado enormemente. Ya no son sólo los obreros de una fábrica, generalmente pequeña, como eran las de antes. En los seis años 1881-86, el término medio de establecimientos industriales directamente paralizados por cada huelga fué 5.17. Después de 1887 el movimiento huelguista no ha cesado un momento, y á veces ha tomado las proporciones de una revolución.

La mayoría de las huelgas tienen por motivo el deseo de los trabajadores de obtener mayores salarios y de acortar las horas de trabajo y la creencia de que la huelga es el mejor modo de conseguirlo. Pero en otros casos la huelga es defensiva, es un movimiento de protesta contra nuevas exacciones. También en los Estados Unidos estas suelen ser insoportables. Véase lo que hacían con sus obreros las compañías de carbón antracita del Estado de Pensilvania, según una comisión investigadora del Congreso: «Tienen miles de obreros desocupados disponibles para que se hagan competencia por el trabajo y se sometan á todo; les ocultan intencionalmente cuando se va á trabajar en las minas y cuando no, para que no busquen trabajo en otra parte; los obligan á alquilar las casas de las compañías, cuya renta corre, reciban ellos salarios ó no, y bajo contratos por los cuales pueden ser echados con sus mujeres é hijos á la falda de la montaña en medio del invierno, si se declaran en huelga; los obligan á llenar vagones más grandes que los convenidos; los hacen comprar la pólvora y demás útiles de trabajo á las compañías, y á un precio enorme; los obligan á comprar carbón á las compañías, al precio que esta fija, y en muchos casos en una cantidad también fija, mayor que la que ellos necesitan; los obligan á emplear el médico de la compañía, y á pagarle sanos y enfermos; los pelan en el almacén de la compañía, de manera que cuando llega el día de la paga la compañía no les debe nada, habiendo casos auténticos de mineros sobrios y

trabajadores que en muchos años no recibieron ni un solo peso, ó sólo muy pocos, en moneda. ó endeudados hasta el día de su muerte; se niegan á fijar los salarios de antemano y los pagan según el precio de venta en Nueva York, pero, lo que es más extraordinario que todo, se niegan á hacer conocer á los obreros ese precio de venta, de que dependen sus salarios. »

Quien visita la ciudad Pullman, en los suburbios de Chicago, se pregunta extrañado como puede allí haberse originado una huelga. La ciudad tiene un bonito aspecto: las calles son anchas y bien cuidadas, las casas, en que la gente parece vivir muy bien, son de dos pisos, de distintas formas y dimensiones, como para adaptarse á distintos gustos y necesidades. Jardines, un prado para juegos atléticos, una biblioteca, un teatro, parecen indicar de parte de los capitalistas, dueños de la ciudad, la más tierna solicitud por el bienestar de los obreros empleados en las grandes usinas, que forman el centro y la razón de ser de esa población. ¿Cómo ha podido entrar allí el descontento? Es porque todo ha sido hecho directamente para el provecho de la compañía, y sólo indirectamente para el bien de los trabajadores, y llegó un momento en que no llenando el primer objeto en la medida que la compañía deseaba, dejó por eso mismo de reinar el bienestar en la población. La compañía ganaba en la fabricación de vagones, ganaba en haber construido en medio del campo una ciudad, cuya población tenía asegurada con los obreros de sus fábricas, ganaba en los alquileres, en el gas, etc. Pero llegó un momento en que no hubo gran demanda por vagones. En seguida los salarios bajaron, y el número de obreros empleados fué reducido de 5816 á 2000, que eran todos los que trabajaban en Noviembre de 1893. No hay para qué decir que si el mal estado de los negocios había inducido á la compañía á bajar los salarios, no la había inducido á bajar los alquileres. En Febrero de 1894 la situación debía haber mejorado para la empresa, porque ésta tenía entonces 4200 obreros ocupa-

dos. Fué en esa fecha, sin embargo, cuando ella quiso todavía reducir los salarios de 30 á 50 %, y estalló la huelga.

En los últimos años, algunas de las huelgas han sido tan extensas, han embarazado á tal punto la industria y el comercio, han sido acompañadas de tanta violencia, han dado lugar á operaciones militares tan considerables, y han conmovido á tal punto la opinión, que se las puede tomar por verdaderas revoluciones.

En 1877 la huelga ferrocarrilera de Pensilvania, cuyo centro fué Pittsburg, costó como 40 muertos y unos 60 heridos, la mayor parte, por supuesto, de los huelguistas. No es esta la única vez que el gobierno de Pensilvania ha movilizado la Guardia Nacional para imponerse á los obreros en huelga. En el Estado de Nueva York, en circunstancias semejantes, un ejército de 10,000 hombres fué enviado sobre Buffalo.

Pocas huelgas de aspecto más bélico que la última de los trabajadores de las minas de plata del Estado de Colorado. Cerca de Denver, capital del Estado, los huelguistas se posesionaron de dos colinas, muy buena posesión estratégica, se fortificaron, y desde allí entraron en operaciones, tomando prisioneros, etc. Hubo proposiciones de cambio de prisioneros. Por fin la fortaleza de los huelguistas iba á ser atacada á cañón, cuando se llegó á un arreglo.

Durante el verano de 1894, 178,000 mineros, de los 189,000 cuyo trabajo provee de carbón al país, se declararon en huelga. Fué una conmoción que comprendió á los principales Estados. Hubo destrucción de minas, incendios, descarrilamientos de trenes de carbón, asesinatos, combates con pérdida de muchas vidas, etc.

Poco después se produjo la gran huelga ferrocarrilera. La conmoción y el desorden fueron aún mayores. De Chicago, á donde convergen 26 líneas de ferrocarril, la huelga se propagó á todos los Estados del Centro y del Oeste. Por tres semanas el comercio estuvo com-

pletamente interrumpido. Grandes incendios de vagones, prendidos quien sabe por quien, voladuras de puentes, descarrilamientos, fueron las notas más tristes del cuadro. Caballería é infantería del ejército federal acamparon en las calles de la gran ciudad de los lagos, dándole el aspecto de una capital sudamericana en tiempo de revuelta.

Del punto de vista del orden público, los Estados Unidos visiblemente retrogradan. A medida que se ha operado la concentración de la riqueza, las huelgas han venido haciéndose más frecuentes y más graves. Hoy en muchos casos toman abiertamente el carácter de conflicto de clases. El año pasado los obreros ferrocarrileros entraron en huelga sólo por simpatía con los huelguistas de Pullmantown. Y estos conflictos son más grandes y más violentos donde el contraste de las clases es más patente, porque está menos justificado por el tiempo, donde, como en los Estados del Oeste, no hay tradición ni costumbres que puedan mitigar el antagonismo de trabajadores y capitalistas. En Filadelfia, en Boston, en Nueva York, el héroe de la clase rica es todavía el prócer ó el guerrero de la independencia. En Chicago es el gendarme. En la Randolph Street, en medio de un populoso barrio obrero, se eleva la estatua del *policeman*, en actitud enérgica, invitando al pueblo á estarse quieto.

Las salidas insensatas de algunos diarios, y las insolentes amenazas de algunos jefes militares han constituido á acentuar más en las últimas huelgas el carácter de conflicto de clases.

XIV

Atraso intelectual relativo—Actividad económica demasiado absorbente—Falta de ideas generales positivas—Religiosidad—A qué puede ser debida—Meetings religiosos al aire libre—Nuevas religiones y sectas—Frangollo religioso oficial y universitario—Credulidad y superstición.

Muy adelantados bajo el punto de vista económico, los Estados Unidos están lejos de serlo bajo el punto de vista intelectual. Es cierto que la gran industria, poniendo en evidencia el dominio adquirido por el hombre sobre las fuerzas naturales, tiende á elevar la inteligencia del pueblo.

Pero en el desarrollo del organismo social intervienen factores tan numerosos, tan diferentes, y á veces tan antagónicos, que, por lo general, no avanza con igual rapidez en todos sentidos, no presenta el cuadro de un crecimiento armónico. Así como en Alemania el desarrollo intelectual se adelantó al desarrollo económico y político, en los Estados Unidos la inteligencia nacional está en un retardo relativo.

La absorbente actividad industrial y comercial de la sociedad norteamericana ha exigido sobre todo aptitudes para inventar y administrar, dotes intelectuales para resolver problemas concretos, de inmediata aplicación práctica. Y, por un proceso de selección natural, esas son las aptitudes que más se han desarrollado, como lo muestran no sólo los muchos y grandes inventos y empresas realizados en el país, sino también detalles de la vida del pueblo. El vendedor de maní tostado no ofrece su mercancía á gritos, sino por medio

de un pito á vapor adaptado al tostador. El carrero sabe hacer poner muelles á su asiento.

Pero en el campo de la teoría, en la elaboración de las ideas generales, en la síntesis de los conocimientos científicos de detalle, los norteamericanos no han hecho, ni parecen por ahora ser capaces de hacer nada. No han descubierto una ley científica de gran alcance, no han producido un gran filósofo. Por un error contrario al del ignorante para quien pierde su tiempo el sabio que estudia pacientemente pequeños objetos de apariencia insignificante, en los Estados Unidos se desprecia las especulaciones científicas superiores, que, aunque fecundas en enseñanzas para ciertas ramas de la actividad humana, nunca son coronadas por una patente de invención.

Y como estamos en una época esencialmente sintética, en que la investigación se dirige á los fenómenos más complejos, sobre todo á los fenómenos económicos y sociales, cuyas grandes leyes se están descubriendo para constituir las bases del método socialista, resalta aún más el atraso intelectual de los Estados Unidos, comparados con los países de la Europa central y occidental. Con cuanta razón Comte no vió en el pueblo americano más que una colonia industrial europea, sin función propia en la evolución intelectual de la humanidad!

Con el atraso intelectual, y sin que sea fácil decir hasta donde es su expresión y hasta donde su causa, coincide una fuerte religiosidad en el pueblo norteamericano. Circunstancias especiales han dado á las religiones en este país un vigor que, aunque está fuera de lugar y de tiempo, y constituye una verdadera monstruosidad, no es por eso menos real. Su influencia ha llegado á neutralizar en gran parte la acción benéfica que los adelantos de la técnica industrial podrían haber ejercido sobre la inteligencia del pueblo. Podría creerse que en la patria de Franklin, que inventó el pararrayos, el cielo hubiera perdido toda significación mística, y

que el infierno no debiera asustar mucho á gentes tan hábiles como los norteamericanos para aprovechar los diferentes combustibles de las capas subterráneas. No es así, sin embargo. Pocos pueblos civilizados están aún tan sometidos como el de los Estados Unidos á los estrechos y absurdos dogmas de las diversas religiones llamadas cristianas.

¿ A qué es debido esto ?

En parte tal vez al motivo religioso que trajo á Norte América las primeras colonias inglesas. Los puritanos y los cuáqueros que, hace cerca de tres siglos se establecieron en Massachusetts y á orillas del Delaware, huían de las persecuciones que su fe religiosa sufría en Inglaterra. Ante las generaciones ulteriores, esa fe debe haber tenido prestigio por el sólo hecho de haber determinado la fundación de las colonias. Después, la llegada al país de millones de irlandeses y alemanes católicos debe haber exacerbado el sectarismo protestante de la masa de la población. Como ni los unos ni los otros han tenido razón suficiente para convertirse á la religión opuesta, ni han sido capaces de reemplazar la propia con algo mejor, todos han seguido sosteniendo los dogmas recibidos. Cuando teorías igualmente absurdas están en lucha, cada una de ellas se sostiene por lo infundado de las otras. Por eso en los Estados Unidos las religiones han encontrado un elemento de vida en su propio antagonismo. Incapaces ya de prosperar uniendo á los hombres, muestran todavía cierta vitalidad cuando se trata de dividirlos.

Es tan exuberante la devoción en las ciudades norteamericanas, que los domingos no bastan las innumerables iglesias que hay en todas ellas. En el parque *Common* de Boston, en las plazas de Filadelfia, en las gradas de la *Court House* de St. Louis, grupos numerosos escuchan atentos la incomprensible jerga religiosa de predicadores improvisados, verdaderos maníacos, que alternan sus oscuras pláticas con música de acordeón y lamentables cantos. El aire sencillo de

esos hombres, muchos de ellos jóvenes y con el aspecto de hijos del pueblo, así como la emoción que se pinta en sus semblantes, no permiten dudar de su sinceridad.

De entre estos fanáticos sale de cuando en cuando uno que, sintiéndose directamente iluminado por la divinidad, quiere mostrarse digno de tamaño favor, y funda sin más trámite una religión nueva. Por término medio se puede asistir al nacimiento de cuatro ó cinco de ellas en el espacio de tres meses. Ultimamente se han hecho tan frecuentes, que las autoridades han creído deber intervenir. Un senador de Illinois ha propuesto enriquecer el Código Penal del Estado con un crimen nuevo, estableciendo la pena de uno á tres años de prisión, y de 3.000 á 5.000 pesos de multa «para todo el que falsamente pretenda poseer los atributos de Dios, ó se titule falsamente su hijo».

A esas religiones nuevas flamantes, cuya producción es peculiar de los Estados Unidos, hay que agregar las sub-religiones formadas recortando y remendando las viejas doctrinas. Así han nacido sectas innumerables, todas bastante ricas para poder pagar media docena de hombres hábiles que las representen con cierto brillo. Porque este es también un motivo de la supervivencia de las religiones, entre los norteamericanos. Pueblo rico, paga generosamente á sus ministros, y no son pocos los hombres inteligentes que aspiran á serlo, cuando ser ministro significa disfrutar de una hermosa casa habitación, 5 ó 6.000 pesos oro de sueldo anual, y una gran influencia, todo eso por la fácil tarea de pronunciar un sermón los domingos, durante la estación, y usar corbata negra.

El frangollo religioso lo invade todo. El Estado no tiene religión, pero casi no hay acto ni documento oficial de importancia sin invocaciones á la divinidad; casi no hay monumento, aún de los más modernos, que no esté afeado por inscripciones absurdas. La palabra «Dios», se encuentra lo mismo en los arcos de triunfo que en las casas municipales. La Biblia dice: Parirás

con dolor. Un dentista y un cirujano norteamericanos descubrieron, sin embargo, que el éter, producto de la industria del hombre, tomado en inhalaciones, permite á las mujeres parir sin dolor, y á hombres y mujeres sufrir, sin sentirlas, las más graves operaciones. Pues bien, en el monumento erigido en Boston á la memoria de ese descubrimiento, están esculpidas *otras* sentencias de la Biblia!

Las escuelas primarias son laicas. Pero en las Universidades, en Yale, Harvard, etc., la capilla ocupa un lugar considerable. El congreso panamericano de Medicina, celebrado en Washington en 1893, empezó todas sus sesiones con ceremonias religiosas.

Mucha de esta devoción es indudablemente hija del cálculo y de la hipocresía.

Pero hay que resignarse á creer que el pueblo tiene todavía en los Estados Unidos mucho apego á la Iglesia. Por eso es característica de este país la religiosidad de los más atrevidos reformadores sociales ó la timidez con que abordan la cuestión de la religión.

A la falta de ideas generales positivas, las creencias religiosas agregan en el pueblo norteamericano la credulidad y la superstición que invariablemente las acompañan. Fuera de los hechos ordinarios de su experiencia diaria, el creyente no comprende el determinismo de los fenómenos: los cree ajenos á toda ley, los atribuye á fuerzas que no existen, supone entre ellos relaciones imposibles. En los diarios de St. Louis aparecen aún más avisos de adivinas que en *La Prensa* de Buenos Aires. Lo mismo en el campo de la medicina, de la moral y de la política, florecen en los Estados Unidos toda clase de mistificaciones y fantasías.

XV

Factores de la política —El tratado de Penn —Origen económico de la guerra de la Independencia— La esclavitud— La guerra de secesión— Grandeza de la historia norteamericana hasta esta guerra

En todo país la política es la resultante de la situación económica y del nivel intelectual del pueblo. Las entidades justicia y libertad representan en ella lo que flores hermosas y delicadas en un árbol, cuyas raíces y cuyo tronco forma material resistente y grosero. Pero en la misma flor solo los coloreados y fragantes pétalos, no el ovario que ha de transformarse en fruto.

Quien mira la historia de los Estados Unidos, puede ser deslumbrado por esa exterioridad brillante, y no alcanzar á ver en ella las fuerzas primordiales de la política. De ahí la creencia tan común de que el pueblo norteamericano sólo ha vivido de justicia y libertad. La verdad es que si en este país están reguladas, por la costumbre ó por la ley, relaciones entregadas todavía en otras partes á la ley brutal del más fuerte, si es cierto de una manera general que para la raza blanca en los Estados Unidos ha sido libre la actividad individual, y que para esa raza este ha sido también un país de igualdad, todo ha respondido á necesidades impuestas por las condiciones económicas, claramente comprendidas.

Cuando Guillermo Penn se estableció á orillas del Delaware, hizo un tratado de paz y de amistad con los indios que habitaban el territorio. Todavía se conserva la prenda dada por los indios en señal de fidelidad á ese tratado *not sworn to and never broken*, que nunca fué

jurado, ni roto. Hoy en toda Pensilvania no hay, sin embargo, más indios que unos de bronce para adorno de la casa municipal de Filadelfia. Si aquel fué un tratado de justicia y libertad, no hay duda de que, como las entienden los norteamericanos, no les sientan bien á los indios.

La historia de los Estados Unidos es de una interpretación económica evidente.

Inglaterra oprimía á sus colonias de Norte América con restricciones al comercio que solo la favorecían á ella, y la lucha contra esas restricciones fué el punto de partida de la guerra de la Independencia. A fines de 1765, los comerciantes de Filadelfia, Nueva York y Boston resolvieron ejercer represalias contra Inglaterra no importando de esta sino lo estrictamente indispensable. El documento que hizo constar era resolución, conservado hasta ahora en la *Independence Hall* de Filadelfia, habla de géneros, de botellas vacías, etc., pero no dice nada de independencia política. Ocho años más tarde al grito de «Nada de impuestos, sin representación», estalló en Boston la revolución. La declaración de la Independencia fué un documento inspirado en la metafísica política de Rousseau. Decía: «Consideramos estas verdades como evidentes por sí mismas: que todos los hombres son creados iguales, que el Creador los dota de ciertos derechos inalienables, que entre éstos están los de vida, libertad, y prosecución de la felicidad.....» Pero todo este idealismo no fué bastante para trastornar las bases del sistema industrial de la época. Cinco de los Estados de la Unión tenían y mantuvieron la esclavitud. Washington, el alma de la revolución, dejó á sus herederos cien negros esclavos. Nuevos Estados se agregaron después á la Unión, los del Norte bajo el régimen del trabajo asalariado, los del Sud con la esclavitud.

En la guerra con Méjico los Estados Unidos *conquistaron* un territorio inmenso.

La esclavitud es incompatible con una técnica industrial superior. A medida que se fué desarrollando el maquinismo, los capitalistas del Norte vieron el inmenso obstáculo que ella oponía al desarrollo industrial de una gran parte del país y no teniendo el interés de raza, que tenían los señores blancos del Sud, pensaron en abolirla. El conflicto se agravó con la rápida población de los territorios del Oeste, y su constitución como Estados. El Sud quería que se reconociera en ellos la esclavitud, el Norte se oponía. Los Estados del Norte reconocían á los esclavos fugitivos el derecho de refugio, los señores del Sud reclamaban su extradición. Fué entonces cuando comprendiéndose débiles para sostener sus intereses dentro de la Unión, los Estados del Sud quisieron separarse, y estalló la guerra. Esa guerra grandiosa y heroica terminó en 1867, con el triunfo de los Estados del Norte, y la abolición de la esclavitud.

Hasta entonces la historia de los Estados Unidos es la historia de un gran pueblo. Grandes intereses nacionales son el móvil de su política. Lo agitan cuestiones relativamente sencillas, pronto las comprende y emplea en ellas toda su fuerza hasta conseguir su solución.

Hasta entonces la verdad y la energía hacen la grandeza del pueblo norteamericano, son la característica de sus héroes, le dan su superioridad moral.

¿Y ahora?

XVI

Los viejos partidos — El Populismo — Su apariencia socialista — La realidad — Libre acuñación de la plata — Lo que importaría para el proletario — Significado y porvenir del Partido Populista — El Partido Socialista.

Los viejos partidos llamados republicano y demócrata, que hace cuarenta años luchaban respectivamente contra la esclavitud y en defensa de ella, son todavía las agrupaciones políticas que predominan en los Estados Unidos. Sólo que ya no sostienen grandes intereses ni grandes principios, y en sus luchas estériles apenas está disfrazado el personalismo. Ultimamente el partido republicano ha sostenido el proteccionismo aduanero, y el demócrata naturalmente se ha puesto á combatirlo. Pero en el fondo no es una cuestión de doctrina económica. En la campaña electoral del año pasado, Singerly, candidato demócrata para gobernador de Pensilvania, invocó en apoyo del libre cambio la opinión de muchos famosos republicanos. á lo que contestó el candidato Hastings de los republicanos, citando en pró del proteccionismo á muchos famosos demócratas. Sin duda algunos electores están realmente interesados en la cuestión de los impuestos de aduana. Pero la mayor parte no se preocupan de ella, y sólo obedecen á impresiones del momento. En todo caso, el gran factor de la política norteamericana, el elemento decisivo, es la maquinaria electoral dirigida por los *wire-pullers* de uno y otro bando, por las camarillas que manejan los títeres.

Sin embargo, el gigantesco desarrollo del capital y las crisis repetidas, no han podido producirse sin que al lado

de los viejos partidos aparecieran otros representando las clases sociales amenazadas ú oprimidas.

De los partidos nuevos, el que ha adquirido mayor desarrollo es el llamado Partido del Pueblo ó Partido Populista, el cual, por el nombre y por las circunstancias en que ha aparecido, merece una especial atención.

El Populismo ha nacido en los Estados del Oeste, donde son muchas las chacras hipotecadas y abundan las minas de plata. La gran baja del precio de los cereales y de la plata, ha sido en esos Estados una fuerte causa de descontento. Chacareros y propietarios de minas han querido defenderse de la ruina formando un nuevo partido político. Aunque sus intereses poco tienen de común con los de la clase proletaria, dieron á su exposición de principios cierto aspecto socialista, que ha llevado seguramente á sus filas algún número de obreros y de gentes sentimentales. El programa adoptado por la convención de Omaha en 1892, entre otros fundamentos, dice lo siguiente:

«El pueblo está desmoralizado; la mayor parte de los Estados se han visto obligados á aislar á los votantes en el sitio de la elección para impedir la intimidación y el soborno universales. Los diarios están generosamente subvencionados, y enmudecen; la opinión pública está en silencio; los negocios deprimidos; nuestros hogares hipotecados; el trabajo empobrecido; y la tierra concentrándose en manos de los capitalistas. Al obrero urbano se le niega el derecho de organización para su propia defensa. El fruto del trabajo de millones es atrevidamente robado para formar las colosales fortunas de unos pocos, sin precedentes en la historia de la humanidad; y los poseedores de éstas desprecian la República y ponen en peligro la libertad

Durante un cuarto de siglo hemos presenciado las luchas de los dos grandes partidos políticos por el poder y el botín, mientras grandes perjuicios han recaído sobre el pueblo. Acusamos á las influencias directoras

de ambos de haber permitido que llegue el actual estado de cosas, sin esfuerzos serios para impedirlo ó atenuarlo... »

Esa es la introducción. El programa propiamente dicho es muy diferente. Como la reforma más urgente pide «la acuñación libre é ilimitada de plata y oro en la proporción actual de 16 á 1»; y aquí aparecen el error ó la superchería.

La proporción de 1 á 16 que hay en la moneda corriente de los Estados Unidos y de otros países, fué establecida cuando el oro y la plata se cambiaban en el mercado de los metales en esa misma proporción. Desde entonces la plata ha bajado tanto de valor con relación al oro, que hoy un gramo de oro vale algo más de treinta gramos de plata. Si en moneda acuñada todo el mundo da y toma 16 de plata por 1 de oro, es porque, en los países donde esto sucede, el Estado convierte á oro en esa misma proporción la plata acuñada que se le presenta. Se comprende que el Estado sólo puede mantener esa proporción, ficticia y puramente legal, mientras es limitada la cantidad de plata acuñada. Si se decretara la libre acuñación de la plata, las piezas de plata acuñada no valdrían sino su valor real, es decir, el peso plata no valdría sino más ó menos cincuenta centavos oro, exactamente como el peso plata mejicano, inconvertible por oro, pero que contiene la misma cantidad de plata que el peso plata americano, no vale hoy más que medio peso americano, porque este es oro ó lo representa. Pero ese peso plata tendría siempre el nombre legal de «un peso.» Habría entonces lo que los populistas llaman «dinero barato.» El oro desaparecería de la circulación. Todas las deudas se pagarían con pesos de cincuenta centavos. Los productos inmediatamente subirían al doble de su precio actual y los chacareros pagarían sus hipotecas con la mitad de lo que hoy deben. Los acreedores en cambio sufrirían y, entre ellos, los eternos acreedores, los obreros á quienes siempre se les debe, y nunca se les abre crédito. Los salarios bajarían

á la mitad, á lo menos en el primer momento, como en los países de curso forzoso bajan á la mitad cuando se desvaloriza el papel, y el oro sube de 150 á 300. En una palabra, la libre acuñación de la plata es un excelente programa para la clase media en vías de arruinarse, pero pretender que la clase trabajadora también ganaría algo con ella, es una solemne impostura.

En las elecciones de 1894 el Partido Populista obtuvo un éxito relativo, reuniendo más de dos millones de votos. Este año la agitación por la libre acuñación de la plata ha sido muy viva. En Illinois ha llegado á amenazar la unidad del Partido Demócrata, pues una convención de este partido, reflejando las ideas del Gobernador Altgeld, se declaró por lo que se llama «plata libre». Pero el gran capital no va á dejar prosperar esta doctrina. Ya se ha producido una vigorosa reacción en defensa del sistema monetario actual, encabezada por otros hombres prominentes del partido Demócrata, y en la cual directa ó indirectamente han de tomar parte los proletarios que comprendan su propio interés.

Lo probable es que el Populismo pase, y que los elementos que hoy lo representan se disgreguen, para tomar las direcciones más opuestas. Su aparición habrá sido con todo un fenómeno característico del caos que reina hoy en el mundo económico y político norteamericano, y habrá contribuido á poner de manifiesto los contrastes de clase.

El más fundamental de estos contrastes, el del proletariado y la burguesía, espera todavía su expresión en un movimiento socialista poderoso y revolucionario. El partido socialista norteamericano tiene un programa esmeradamente hecho, cuenta con hombres inteligentes, emplea todos los medios adelantados de propaganda, pero es todavía de muy escasa importancia numérica. Nunca ha reunido más de 33.000 votos sobre el total de 12,500,000 electores que hay en el país. Hasta ahora no ha tenido más representante en los

cuerpos políticos que un *alderman* (consejero municipal) en la ciudad de Paterson. El partido tiene un carácter acentuadamente extranjero; lo forman principalmente alemanes y judíos, cuya propaganda no es siempre hecha en las mejores condiciones para ser asimilada por la gente del país.

Pero el mayor obstáculo que á la propagación del socialismo se opone en los Estados Unidos, es indudablemente el estado intelectual del pueblo, cuyas concepciones generales son todavía de orden teológico ó metafísico. En política, como en moral, la gente subordina su conducta á pequeñas cuestiones, que á veces adquieren una importancia verdaderamente ridícula. Donde un partido prohibicionista, que ve en el alcohol el origen de todos los males, y una A. P. A. (Sociedad Protectora Americana) para la cual toda la corrupción reinante es debida al influjo de la iglesia católica, pueden apasionar á muchos, donde toda una campaña electoral tal vez no acabe de resolver si se puede tomar cerveza las domingos, se explica que no tengan aún asidero en las conciencias las verdades positivas y generales del socialismo.

XVII

La administración—Sin plan ni concierto—Proteccionismo y libre cambio—Ley contra los *trusts*—Ley Sherman—Impuesto sobre la renta—Corrupción.

Entregada alternativamente á partidos cuya acción no es determinada por ningún gran interés general, ni guiada por grandes verdades económicas y sociales, en los Estados Unidos la administración pública es corrompida, y carece de plan y concierto.

En un país de instituciones políticas tan adelantadas, los cuerpos legislativos se ocupan casi exclusivamente de cuestiones económicas. Pero hoy las resuelven obedeciendo á opiniones ligeras del momento, y á mal disimulados intereses particulares.

Los legisladores no representan realmente sino la clase capitalista y gobernante. Para esa gente no hay carrera honorable fuera de la de ganar dinero. Se comprende, pues, que esto sea lo que más preocupe á los políticos en ejercicio de los puestos públicos.

Todos los charlatanes político-financieros son sucesivamente llamados á actuar, y de ahí resulta una legislación que choca por sus absurdas contradicciones.

La lucha entre el proteccionismo y el librecombio no es más que una ficción de los viejos partidos, para rejuvenecerse, dándose un barniz de programa. ¿Cómo creer que apenas está gobernado por los librecambistas el pueblo norteamericano se hace proteccionista, y que se convierte al librecombio, desde que cae en manos de los proteccionistas? Y este sería el significado del triunfo alternativo de republicanos y demó-

cratas, si hubiera que tomar á lo serio sus plataformas electorales.

Desconociendo las leyes inevitables de la evolución capitalista, el Congreso de los Estados Unidos ha querido impedir la formación de *trusts*, por medio de una ley restrictiva especial, al mismo tiempo que dejaba subsistente un severo régimen aduanero, muy favorable á los monopolios, porque suprime ó dificulta la competencia extranjera.

Otra ley ha obligado al Gobierno Federal durante varios años á comprar enormes cantidades de plata y encerrarla en el tesoro, con la intención de detener la baja de ese metal. Un plan tan absurdo necesariamente fracasó: la plata siguió bajando, y la hacienda pública se comprometió. Sherman, el autor de esa ley, es tenido, sin embargo, en los Estados Unidos, por un gran financiero.

Recientemente la ley del impuesto sobre la renta ha puesto de manifiesto lo que se puede esperar de la clase actualmente gobernante en los Estados Unidos. Por iniciativa de los demócratas, el Congreso estableció ese impuesto. Pero algunos de los que hubieron de ser los más fuertes contribuyentes denunciaron la ley que lo imponía ante la Corte Suprema, como inconstitucional. La Corte, formada por cinco republicanos y cuatro demócratas, por 5 votos contra 4 anuló la ley del Congreso, dando por motivo que ese impuesto sobre la renta pesaría muy desigualmente sobre los diversos Estados. Indudablemente hubiera pesado más sobre las grandes ciudades del Nordeste, donde habita la mayor parte de los millonarios, que extraen su renta del territorio y del pueblo entero de los Estados Unidos. Sólo que esto no prueba falta de igualdad en el impuesto abolido.

Pero si hay gran confusión é ignorancia en el orden de las ideas, no son menores la mentira y el fraude en los procedimientos.

De las viejas y sanas prácticas republicanas no

queda más que la apariencia. En un *meeting* público se hará la farsa de la votación final, con que la asamblea aprueba invariablemente las proposiciones de la mesa, pero si alguno de la masa de la concurrencia pide la palabra, no se le hace caso. Tal es el papel actual del pueblo en la política norteamericana.

La corrupción lo ha invadido todo. El agente político de barrio compra votos á tanto cada uno, y los personajes de primera fila ocultan sus opiniones si es que las tienen, para no alejar á nadie de su partido.

El ex-presidente Harrisson, que ambiciona ser Presidente otra vez, no ha querido hacer saber lo que piensa sobre la cuestión de la «plata libre».

De otro candidato á la Presidencia, el gobernador Mackinley de Ohio, he aquí lo que decía *The Boston Herald*: «Lo que él busca es la presidencia, y no ha de permitir que le estorben en ese camino compromisos sobre este asunto (proteccionismo), ni sobre ningún otro. Ni lo permitirá tampoco ningún otro candidato».

Administraciones de origen y de móviles tan espúreos, tienen que ser de una moralidad muy baja. La defraudación de dineros públicos tiene al menos los límites que le pone el Código Penal. Pero el cohecho y todos los fraudes más difíciles de probar, florecen, tanto en las municipalidades como en las administraciones de Estado y en el Gobierno Federal. La famosa banda llamada *Tweed Ring*, que se apoderó de Nueva York, la *Standard Oil Company*, el *trust* del carbón antracita, y otras grandes empresas han contado entre sus elementos de prosperidad la compra del voto de los jueces y de los legisladores. El ejemplo más reciente lo ha dado el *trust* del azúcar, comprando el voto de diputados republicanos y demócratas para hacer subir por el Congreso el derecho sobre el azúcar.

Sería imposible enumerar todas las formas que toma la corrupción política en los Estados Unidos.

Véase otro ejemplo: cuando los empleados de alguna repartición quieren que se les aumente el sueldo, lo

primero que hacen es juntar el dinero con que han de comprar el voto de los legisladores del presupuesto. Así hicieron últimamente los bomberos de Nueva York, y los diarios dieron la noticia como la cosa más natural.

De cuando en cuando un gobierno se muestra demasiado corrompido; entonces se produce una campaña de «buen gobierno». Así fué como en Noviembre de 1894 los demócratas fueron expulsados del Gobierno de Nueva York. Sólo que á los pocos meses la prensa entera estaba conteste en que la legislatura republicana elegida entonces era la peor que había habido.

En Washington, la masa enorme del Capitolio, con su arquitectura helénica, hermosa y severa, es el imponente símbolo del gobierno de la más grande nación de la tierra. Su contemplación evoca el recuerdo de los que fundaron la gran república, cuyos talentos y virtudes fueron dignos de la historia clásica.

Sólo con tristeza se vuelve á la actualidad. Hoy en ese grandioso templo de la política, no hay más que apariencia. Dentro de él se albergan la mentira y el fraude, todo lo dominan la ambición rastrera y el interés mezquino.

Ni habrá allí nada mejor, mientras la política norteamericana no sea la expresión de la gran lucha que sólo puede engendrar hoy grandes ideas y grandes sentimientos.

XVIII

Fatalidad de la evolución económica é intelectual—La competencia extranjera—La instrucción primaria—Las bibliotecas—Educación política del pueblo norteamericano—Le dará tal vez el primer puesto en la evolución social.

La historia de un gran pueblo no puede seguir siendo el deplorable cuadro de mentira, anarquía y corrupción que ofrece hoy la sociedad norteamericana.

Está muy esparcida en los Estados Unidos la preocupación patriótica de que ese país es independiente de las leyes que rigen la marcha actual de las otras grandes naciones civilizadas. Pero esta ilusión no impide que también allí siga su curso la evolución económica, como las numerosas sectas religiosas no podrán evitar, y sí sólo retardar, la evolución intelectual.

La concentración de la riqueza va á hacer cada día más patentes y más activos los antagonismos de clase. El proletariado, cuyas filas se ensanchan día á día, va á sentir cada vez más la estrechez y la inferioridad de su situación, agravada por la competencia cada día más extendida y más viva que reina en el mercado universal.

Por la variedad de sus producciones, como por su situación geográfica, los Estados Unidos son económicamente solidarios tanto de Europa, como de Asia.

En vano se ha pretendido aislar el país con altísimos derechos de aduana, y prohibiendo la inmigración china, así como la de obreros contratados en Europa.

Las crisis llegan en los Estados Unidos al máximum

de su intensidad, y en la más grave de sus manifestaciones, la falta de trabajo.

La apertura del inmenso imperio chino al comercio universal, como consecuencia de la reciente guerra, es una nueva y terrible amenaza para la industria norteamericana.

En China y el Japón los salarios son ínfimos: 25 centavos plata es lo que gana un jornalero que trabaja doce horas. Ya se lleva una gran cantidad de algodón bruto de Norte América al Japón; ya ha empezado también en esa dirección una emigración de capitales. Ahora ese doble movimiento aumentará muchísimo, y se prevee un tiempo en que las usinas norteamericanas estén en Asia, á donde se llevará la materia prima de los Estados Unidos. Así, á la distancia, el trabajador chino, de pocas necesidades, competirá con el norteamericano, y hará bajar sus salarios ya muy mermados por la competencia que en la misma tierra americana tiene que sostener con el trabajo barato de la inmigración polaca, italiana y húngara.

Una vez que el entendimiento de los trabajadores norteamericanos se abra á las verdades del Socialismo, la propagación de éstas será muy rápida, porque ellos todos saben leer y escribir.

En Norte América la instrucción primaria ha sido comprendida y realizada como una de las funciones primordiales del Estado.

Los fundadores de la gran república comprendieron toda la importancia de la instrucción popular en la producción de la riqueza, y en la buena marcha política del país. 41,000,000 de habitantes saben leer y escribir. El progreso de la instrucción primaria sigue adelante. De año en año hay un aumento absoluto y relativo de la asistencia á las escuelas, y del dinero gastado en ellas. En 1870 la población de 5 á 18 años de edad era de 12,055,443, de los que asistían á las escuelas 4,077,347, cuya educación costaba 63,396,666 pesos. En 1893 la población de esa misma edad era en número

de 19,552,491, la asistencia media de 8,855,717, y el gasto educacional 162,794,148 pesos.

También las bibliotecas públicas son en los Estados Unidos muchas y buenas. Son sitios atrayentes, están manejadas con gran liberalidad, y siempre muy concurridas. Las hay aún en las pequeñas ciudades. Algunos de los grandes millonarios del país han tenido el buen gusto de hacer donaciones de consideración para fundar y sostener establecimientos de ese género. Es cierto que en parte sólo sirven para divulgar una literatura insulsa é insustancial. Con todo, hay que contar las bibliotecas como uno de los elementos que tiene el pueblo norteamericano para su regeneración intelectual.

Propagada que esté en los Estados Unidos la doctrina socialista, en ninguna parte más pronto que allí va á traducirse en hechos.

El pueblo norteamericano es menos inteligente é instruído, que educado y enérgico. Su evolución intelectual está en retardo. Pero están tan arraigados sus hábitos de libre examen, de discusión, de voto, y de respeto á la decisión de la mayoría, encarnación de la fuerza en toda sociedad adelantada, que para la acción colectiva es muy superior á otros pueblos más avanzados en su desarrollo intelectual.

Para realizar un trabajo manual importa menos tener un conocimiento teórico de la cosa, que estar habituado á ejecutar ciertos movimientos. De la misma manera, para el trabajo social valen más ciertas prácticas fáciles y comunes á la generalidad de los individuos, que las ideas que hacen fructíferas esas prácticas. Indudablemente sin las ideas, de nada pueden servir las prácticas. Pero es más fácil adquirir nuevas ideas, que adquirir nuevas costumbres. Los hombres pronto se convencen y entusiasman, pero no se disciplinan sino muy despacio.

En los Estados Unidos cada hombre nativo ó extranjero es un ciudadano, y cada ciudadano es un votante.

La libertad de palabra, de prensa, de reunión y de

asociación están definitivamente incorporadas á la conciencia nacional. El *referendum*, como se practica en Suiza, está generalizándose, y dando á los ciudadanos la ocasión de intervenir directamente en los negocios públicos. Las mujeres ansían su emancipación, y se preparan á obtenerla.

Es muy posible, pues, que contra lo que haría suponer un examen superficial, los Estados Unidos sean pronto la nación más adelantada en la evolución social.

FIN